

Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del Décimo Concurso Infantil y Juvenil de Cuento





CONSEJO GENERAL DEL INSTITUTO ELECTORAL DEL DISTRITO FEDERAL

Consejero presidente: Mario Velázquez Miranda

Consejeras y consejeros: Yuri Gabriel Beltrán Miranda
Carlos Ángel González Martínez
Olga González Martínez
Pablo César Lezama Barreda
Dania Paola Ravel Cuevas
Gabriela Williams Salazar

Secretario ejecutivo: Rubén Geraldo Venegas

Representantes de los partidos políticos ante el Consejo General

Partido Acción Nacional: Diego Orlando Garrido López, propietario
Alberto Efraín García Corona, suplente

Partido Revolucionario Institucional: René Muñoz Vázquez, propietario
Victor Manuel Camarena Meixueiro, suplente

Partido de la Revolución Democrática: Roberto López Suárez, propietario
José Antonio Alemán García, suplente

Partido del Trabajo: Ernesto Villarreal Cantú, propietario
Óscar Francisco Coronado Pastrana, suplente

Partido Verde Ecologista de México: Zuly Feria Valencia, propietaria
Yuri Pavón Romero, suplente

Movimiento Ciudadano: Armando de Jesús Levy Aguirre, propietario
Hugo Mauricio Calderón Arriaga, suplente

Partido Nueva Alianza: Herandeny Sánchez Saucedo, propietaria
Ramón Alfredo Sánchez Zepeda, suplente

Morena: Froylán Yescas Cedillo, propietario
Julio Vinicio Lara Mendoza, suplente

Partido Humanista: Lucerito del Pilar Márquez Franco, propietaria
René Cervera Galán, suplente

Partido Encuentro Social: Inocencio Juvencio Hernández Hernández, propietario
Guadalupe Campos Jordán, suplente

Diputados invitados permanentes de los grupos parlamentarios de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal

Partido Acción Nacional: José Manuel Delgadillo Moreno
Luis Alberto Mendoza Acevedo

Partido Revolucionario Institucional: Jany Robles Ortiz
José Fernando Mercado Guaida

Partido de la Revolución Democrática: Mauricio Alonso Toledo Gutiérrez
José Manuel Ballesteros López

Coalición Parlamentaria de los partidos del Trabajo, Nueva Alianza y Humanista: Luciano Jimeno Huanosta

Partido Verde Ecologista de México: Antonio Xavier López Adame
Eva Eloisa Lescas Hernández

Movimiento Ciudadano: Jesús Armando López Velarde Campa

Morena: Felipe Félix de la Cruz Ménez
Juan Jesús Briones Monzón

Partido Encuentro Social: Carlos Alfonso Candelaria López
Abril Yannette Trujillo Vázquez

Cuentos de jóvenes para jóvenes

Cuentos ganadores del Décimo Concurso
Infantil y Juvenil de Cuento

MÉXICO • 2016

COMISIÓN DE EDUCACIÓN CÍVICA Y CAPACITACIÓN

Presidenta

Olga González Martínez | Consejera electoral

Integrantes

Yuri Gabriel Beltrán Miranda | Consejero electoral

Gabriela Williams Salazar | Consejera electoral

Representantes de los partidos políticos

PARTIDO ACCIÓN NACIONAL: Diego Orlando Garrido López (propietario), Alberto Efraín García Corona (suplente) • PARTIDO REVOLUCIONARIO INSTITUCIONAL: René Muñoz Vázquez (propietario), Víctor Manuel Camarena Meixueiro (suplente) • PARTIDO DE LA REVOLUCIÓN DEMOCRÁTICA: Roberto López Suárez (propietario), José Antonio Alemán García (suplente) • PARTIDO DEL TRABAJO: Ernesto Villarreal Cantú (propietario), Óscar Francisco Coronado Pastrana (suplente) • PARTIDO VERDE ECOLOGISTA DE MÉXICO: Zuly Feria Valencia (propietaria), Yuri Pavón Romero (suplente) • MOVIMIENTO CIUDADANO: Armando de Jesús Levy Aguirre (propietario), Hugo Mauricio Calderón Arriaga (suplente) • PARTIDO NUEVA ALIANZA: Herandeny Sánchez Saucedo (propietaria), Ramón Alfredo Sánchez Zepeda (suplente) • MORENA: Froylán Yescas Cedillo (propietario), Julio Vinicio Lara Mendoza (suplente) • PARTIDO HUMANISTA: Lucerito del Pilar Márquez Franco (propietaria), René Cervera Galán (suplente) • PARTIDO ENCUENTRO SOCIAL: Inocencio Juvencio Hernández Hernández (propietario), Guadalupe Campos Jordán (suplente)

DIRECCIÓN EJECUTIVA DE EDUCACIÓN CÍVICA

Juan Antonio Garza García, director ejecutivo

Organización del Décimo Concurso Infantil y Juvenil de Cuento

Verónica Tapia Corona, subdirectora de Difusión • Virginia del Carmen Franco Jiménez, jefa del Departamento de Fomento a la Cultura Democrática • Fay Medina Corona, jefe del Departamento de Difusión • Lía Maribel Ortigoza Cruz, analista

Edición

Coordinación editorial: María Ortega Robles, coordinadora editorial

Diseño y formación: Kythzia Cañas Villamar, analista diseñadora

Corrección de estilo: Susana Garaiz Flores, analista correctora de estilo

Ilustración: Paulina Barraza

Autores

Diego Silvano Ruiz Betanzos • Luis Felipe Aguilar Olguín • Montserrat Martínez López • David Ramírez Cacho • Sinead Engel Moreno Ortiz • Mayra Rebeca Guillermo Peña

Jurado calificador

Roxanna Erdman, Gabriela Damián Miravete y Antonio Malpica Mauri, coordinadores, con el apoyo de la Escuela Mexicana de Escritores

Primera edición, diciembre de 2016

ISBN: 978-607-8396-69-6

D.R. © Instituto Electoral del Distrito Federal

Dirección Ejecutiva de Educación Cívica

Huizaches 25, colonia Rancho Los Colorines, delegación Tlalpan,
14386, Ciudad de México.

www.iedf.org.mx

Impreso y hecho en México.

Lo expresado en esta obra es responsabilidad exclusiva de los autores.

Ejemplar de distribución gratuita, prohibida su venta.

ISBN para versión electrónica: 978-607-8396-75-7

Índice

Segunda categoría
(De 12 a 14 años)

Diario de un visitante en Nueva York 7

Diego Silvano Ruiz Betanzos

Mi máximo triunfo 19

Luis Felipe Aguilar Olguín

Se vale enamorarse 31

Montserrat Martínez López

Tercera categoría
(De 15 a 17 años)

La huida de Augusto Zamorano 39

David Ramírez Cacho

Tocayo 57

Sinead Engel Moreno Ortiz

Frágil como la porcelana 73

Mayra Rebeca Guillermo Peña



Diario de un visitante en Nueva York

Segunda categoría
Primer lugar

Diego Silvano Ruiz Betanzos





Domie
el. Tra

all'acqua
digena

005

1900

Semalory w...

ryn skór surowych
Toszku

to dappnen

si ferrott a jella

Dobr

5100

Lo que hay que saber

No quisiera arruinar el misterio o la singularidad del cuento, pero para que sea más sencillo de interpretar debes de saber lo siguiente:

- 1.** Rulf no viene de otro país, sino de otro planeta, es un extraterrestre que viene a la Tierra.
- 2.** Esto con el fin de saber qué tan peligrosos son los humanos para su especie.
- 3.** Las palabras que no entiendas no están mal escritas. El idioma que él y sus amigos hablan es alemán al revés. Por ejemplo:

Nehcdäm = mädchen = chica

Ruarbef = februar = febrero

Bitácora 001, *ruarbef*

Todo está listo, ya he empacado todo lo que necesitaba para partir, en pocos minutos estaré despegando del suelo y viajaré a la ciudad que nunca duerme... ¿por qué se llamará así? Ahí no duermen, qué extraño. En fin, el viaje casi sale... bueno, sale mañana, pero quiero empezar a anotar todo lo que ocurra en el transcurso de este viaje.

Casi lo olvido, bitácora, mi *eman* es Rulf; supongo que es bueno apuntar mi nombre en caso de extraviarme. Uno nunca sabe lo que pueda ocurrir en un viaje, menos en lugar tan lejos de casa, y peor aún estando solo... bueno... no tan solo. La verdad es que éste es un viaje de estudio; era nuevo en la academia, así que a los que me acompañan no los conozco. ¡Y además!, esos *sgnuj* no vienen conmigo... bueno, en el viaje sí, pero unos van a otro lugar. Yo tuve la suerte de que me tocara visitar Neva Jork ¿o era Nova Llorc?... Bueno, la ciudad que nunca duerme.

Aún me cuesta usar las expresiones de ese lugar, fue lo más difícil de la preparación para el viaje, aprender otro *ehcarps* es difícil

porque, aunque suene extraño, en ese lugar se habla otro *ehcarps* que no es el nuestro.

Todo allá suena tan diferente y tan raro y tan... aaaaah, increíble. Sólo espero que ya sea mañana, entre más rápido mejor será para mí, ya quiero conocer todo sobre ese lugar, aunque me siento algo mal por mi *eilimaf*. Cuando se enteraron de mi viaje se preocuparon mucho, mi *retav* me regaló su *trewhcs* favorita, mi *rettum* se puso a tirar lágrimas por mi partida; en cambio... mi *reregnüj redurb*... se puso a gritar de felicidad, decía que tenía nuevo cuarto para dormir e invitar a sus amigas y... ña, cosas de *nehcdäm*.

En fin, ahora es hora de ir a "momir" ¿o era "comir"? No... era, a ver... ah, ya: "dormir". Es hora de dormir porque mañana partimos al viaje de exploración.

Bitácora 001, se despide Rulf desde la habitación 58-3.

Bitácora 002, *raurbef*

Está bien, me siento un poco preocupado ahora, llevamos casi .388 *nednuts* de vuelo y estoy empezando a marearme. Dos *sgnuj* ya bajaron; uno de ellos paró en un lugar llamado Laris o Faris (aaaagh, aún no logro entender este idioma). Y sí, todo es muy diferente, todos ahí son pálidos, elegantes y hay una especie de aguja en el centro de la ciudad, llamada... esperen... "tore ei... ei, eifeel" o algo así, pero es muy hermosa.

El segundo bajó en un lugar más fácil de pronunciar, Italoa, donde se come una masa rara parecida a la *azzip* que comemos de donde vengo, sólo que aquí le dicen "pidsa" o algo así oí yo, y también adoran a una *mrut* que es un monumento nacional, según lo que leí. Se llama "tore de pidsa", pero dos cosas: no vi que estuviera hecha de esa famosa "pidsa", y lo que no entiendo es por qué les gusta tanto algo que se enchuecó. En donde vivo lo que se daña lo tiramos a la *llüm*, ¿pero ellos lo respetan? Bueno, creo que es parte de sus "cotunbrres y trradisiones" como los llaman aquí.

—Mira qué *tetlarev* estructura —dijo un compañero de viaje—. Seguro que los *etuel* de este lugar son unos *netoidi*.

—No digas eso —contesté yo—. Yo creo que es hermoso, tú eres el *netoidi* al no apreciar las diferencias de este lugar.

Él era Tosk. No será importante contar de él, sólo diré que se unió al final al viaje e irá cerca de donde yo me iba a hospedar durante el mismo. Es un gran *nrebla*; él creía que esta clase sería la más fácil y por ello se anotó, pero es el peor de todos; sólo porque el viaje es obligatorio vino, si no, estaría en su *suah* sin molestar a nadie.

Ya falta poco para que lleguemos a mi parada; cada vez más cerca de llegar a Nova Llorc. Me muero por llegar.

Bitácora 002, se despide Rulf desde el cielo de U. S. A.

Bitácora 003, *raurbef*

Aproveché la increíble habilidad de mimetismo que tengo para parecerme a los habitantes de Nova Llorc y actuar natural. Llegué *nretseg*, a las 11.345 de la *thcan*; me estoy quedando en un *gnulietba* del lugar llamado “la goya de la garan masnana” o algo parecido. Aún me cuesta adaptarme al *ehcarps* de aquí. En fin, me parece que mi nueva *tätidnedi* es de alguien llamado Robert, mmm... me gusta.

Lo que más me asustaba y emocionaba del lugar al que iba era que no me quedaría solo; no, una familia me recibiría como estudiante de intercambio.

—¡Holaaaaa!, ¡soy Zoe, es un placer conocerte, Robert! —Zoe, la *nehcdäm* con la que me quedaré (lindo *eman*)—. Será genial tener compañía aquí... bueno, un poco más de compañía. —Ella lo dijo riendo, me pregunto qué quería decir con eso.

Me mostró la primera habitación y entendí lo que quería decir con más compañía... en su piso, en los muebles y todos lados tenía un montón de cosas llenas de *raah* en su casa. Les dice

“mascosas” o “masotas”, pero las llama más por el *eman* de Félix, Jimmy, Puquí y Toby.

De ahí pasamos a la cocina. —Es algo pequeña, pero útil cuando se vive sola. —Cielos, no pensé que fuera así, pensé que para ser tan *retieh* tenía a alguien con ella—. Éste es mi cuarto, donde vas a dormir conmigo... ¡digo, no conmigo de conmigo!, e...en mi cama, sino en ese colchón de ahí. —Ja, no entendí la confusión, pero creo que fue *gitsul*. A veces me confunde tanto lo que aquí ocurre; este lugar es tan raro, pero trato de entender todo lo que aquí ocurre; después de todo, a eso me enviaron aquí.

Bitácora 003, se despide Rulf desde el cuarto de Zoe.

Bitácora 005, *raurbef*

Llevo tiempo con Zoe, la verdad... es un poco agradable estar con ella, cada vez me siento más a gusto aquí, excepto por una cosa: ¡la *lettimsnebel*!

Aquí no se come lo que de donde vengo. Aquí primero tuvimos el “desauno” ... no: desayuno (he practicado con Zoe...). Primero pensé que saldríamos a conseguir la comida a los alrededores como allá donde vivo, pero ella sacó su *lettimsnebel* de un aparato enfriador, congelador... o algo así, y preparó unos *reie* revueltos (se veían asquerosos) y los acompañamos con un líquido anaranjado un tanto ácido y dulce a la vez.

—¿No te gusta el jugo de naranja? —me preguntó ella. La verdad, no quería ser grosero así que me lo tomé sin protestar.

—¿Qué es eso? —me preguntó Zoe mientras escribía en mi bitácora.

—Nada, sólo no mires.

—Anda, déjame ver —ella insistía—. O escribes un “diario”. Que no te dé pena, yo también tengo uno. —En ese momento le expliqué que no era un diario, sino una bitácora de reporte. Ella replicó y dijo que eran casi lo mismo, así que fue a su estante y bajó un cuaderno, ese dichoso diario.

¡Woaw!, no sabía que aquí también escribían sus bitácoras. Zoe tenía muchas páginas de “diario”. En las más recientes habla de mí, diciendo que ella estaba muy emocionada porque estuviera con ella, que era un poco “raro”, pero agradable y que le gustaba estar conmigo... pero... sólo hubo una cosa que no entendí...

¿Qué *ellöh* es estar “enamorada”?

Bitácora 005, se despide Rulf desde el cuarto de Zoe.

Querido diar...

Bitácora 007, febrero

Hoy salí con Zoe a dar un paseo por el parque y me mostró una costumbre muy peculiar de ahí... ¡el patinaje! Es lo más divertido y raro que he visto y probado. Primero te pones unos zatapos... ¡perdón!, zapatos con ruedas en las plantas, y luego viene lo divertido: ¡andas con ellos! ¡Es una sensación increíble! Cada que intentas dar un paso te resbalas como si fuera *eenhcs*... digo, nieve, y se siente tan curioso. Creo que es muy especial todo lo que hay aquí; a pesar de todas las diferencias que tiene con el lugar de donde vengo, es lo más lindo que he visto.

Poco después me topé con Tosk, ¿se acuerdan de él? Bueno, me vio patinar con Zoe y se acercó a hablar conmigo; nos fuimos a un lugar más privado y comenzamos a hablar.

—¿Qué *ellöh* estás haciendo?! —me gritó Tosk— Debíamos aprender sobre ellos, no volvernos ellos, *netoidi*.

—Sólo pasaba el rato con mi amiga.

—¿“Anija”? ¿qué es...? Eres diferente a ella, no te *ettib* ni de seguro tú le *ettib* a ella —él me replicó—. Mmm... mira nos enviaron aquí por una razón, para saber de ellos, porque son crueles con los que son *hcildeihcsretnu*. Sólo te estoy *neigetorp*.

Yo no le creo ni una palabra de lo que dice, pero... ¿si es cierto?, ¿y si en verdad no le agrado, sólo por ser “diferente”?

Buenas noches, “querido diario”.

12 de febrero

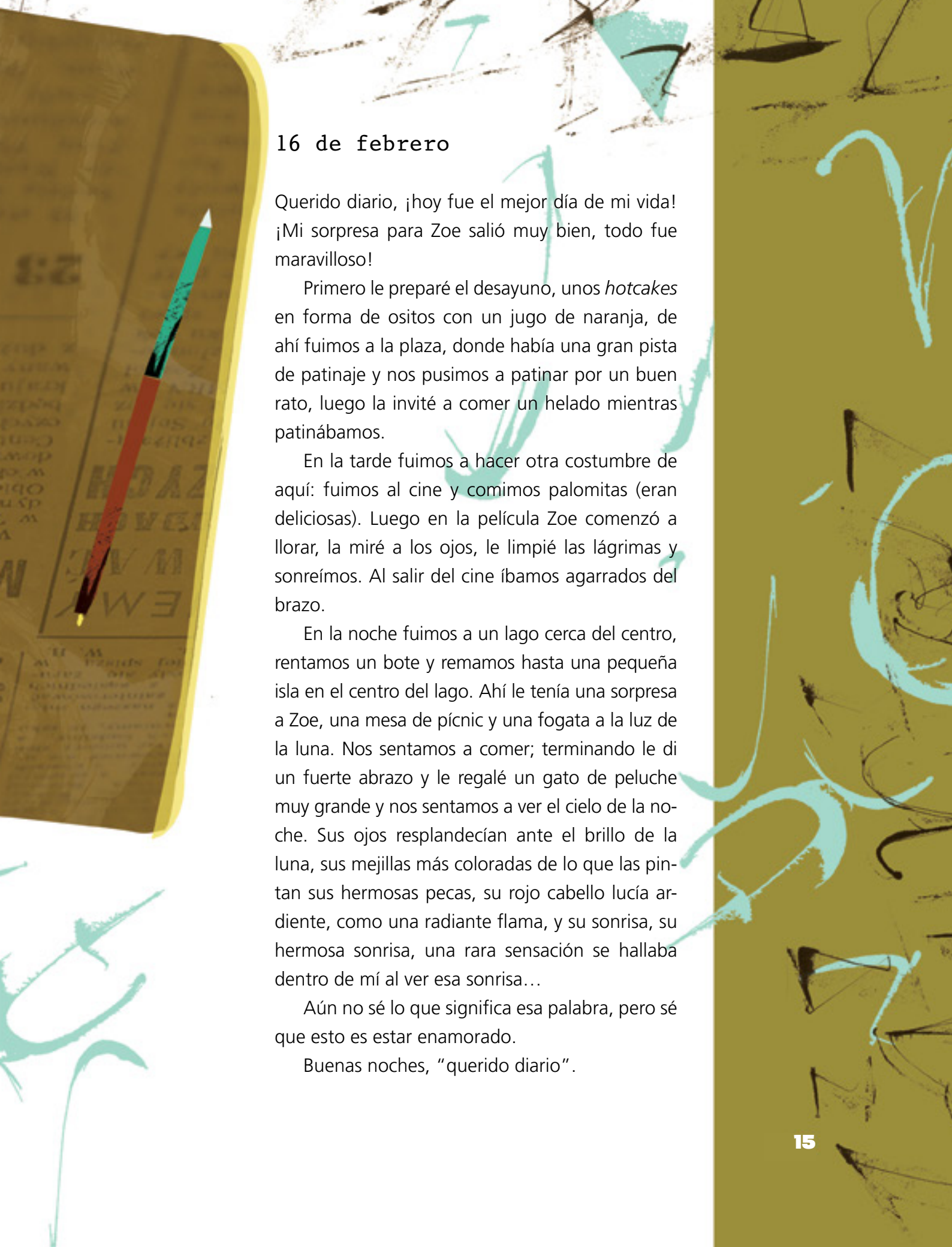
Querido diario: he pasado tiempo pensando en lo que me leí aquella vez en el diario de Zoe, hasta que he investigado un poco más ahora que Zoe no está.

Fue una tarea difícil, porque los libros me sacaron algunas dudas sobre el tema, pero no del todo, así que tuve que usar una herramienta mayor, el internet. Era la primera vez que usaba la computadora solo, Zoe me había ayudado unas veces, pero era hora de hacerlo por mi cuenta.

Tras leer del tema me di cuenta de muchas cosas; descubrí qué es una amistad y muestras de afecto; casi no entendí, pero me sirvió. También, que aquí suelen dar cosas a la gente con la que más conviven o más aprecian, cosas como chocolates, juguetes, globos y algo muy en especial que llamó mi atención. Es un movimiento físico, que consiste en rodear a la persona con tus brazos y apretarla suavemente; se llama abrazo. También leí de algo llamado baile, que era todavía más difícil que patinar, y también hallé algo de estar enamorado, pero no me sacó mucho de dudas. Dice así: "Sentimiento vivo de afecto hacia una persona".

Tal vez no entienda eso, pero lo demás me creó una idea increíble: un regalo para Zoe, para mostrarle mi afecto como amigo. Llevo toda la noche planeando esto, pero yo creo que ya es momento de descansar; todavía tengo tres días más para planear antes de que Zoe regrese.

Buenas noches, "querido diario".



16 de febrero

Querido diario, ¡hoy fue el mejor día de mi vida!
¡Mi sorpresa para Zoe salió muy bien, todo fue maravilloso!

Primero le preparé el desayuno, unos *hotcakes* en forma de ositos con un jugo de naranja, de ahí fuimos a la plaza, donde había una gran pista de patinaje y nos pusimos a patinar por un buen rato, luego la invité a comer un helado mientras patinábamos.

En la tarde fuimos a hacer otra costumbre de aquí: fuimos al cine y comimos palomitas (eran deliciosas). Luego en la película Zoe comenzó a llorar, la miré a los ojos, le limpié las lágrimas y sonreímos. Al salir del cine íbamos agarrados del brazo.

En la noche fuimos a un lago cerca del centro, rentamos un bote y remamos hasta una pequeña isla en el centro del lago. Ahí le tenía una sorpresa a Zoe, una mesa de pícnic y una fogata a la luz de la luna. Nos sentamos a comer; terminando le di un fuerte abrazo y le regalé un gato de peluche muy grande y nos sentamos a ver el cielo de la noche. Sus ojos resplandecían ante el brillo de la luna, sus mejillas más coloradas de lo que las pintan sus hermosas pecas, su rojo cabello lucía ardiente, como una radiante flama, y su sonrisa, su hermosa sonrisa, una rara sensación se hallaba dentro de mí al ver esa sonrisa...

Aún no sé lo que significa esa palabra, pero sé que esto es estar enamorado.

Buenas noches, "querido diario".

20 de febrero

Querido diario, hoy me casi me ganan los nervios, pero fui más fuerte que mis debilidades e invité a Zoe a una cita. Las citas son un ritual de aquí, que consiste en invitar a una persona que te gusta a un lugar. Tal vez se parezca a lo que hicimos hace cuatro días, pero aquí es una relación más formal; aunque suena raro, yo no veo la diferencia. Le dije a Zoe que si quería ir a un baile que se iba a realizar esa noche en el parque de la gran manzana, y ella se emocionó mucho; dijo que nos veíamos ahí a las siete de la noche, porque tenía que alistarse.

Al llegar ahí se veía tan hermosa, con un vestido rojo; parecía un radiante rubí entre todos. Al principio estaba nervioso, tuve que pasar todo el día de ayer ensayando, porque no sabía bailar, pero al final todo salió bien.

En un punto del baile accidentalmente Zoe se resbaló con su vestido y cayó al suelo; por suerte logré atraparla y cayó en mis brazos. En ese momento el universo se detuvo, los dos estábamos muy extrañados, sólo nos veíamos uno al otro, lo juro, podía ver su alma a través de sus ojos, era bellísima, como un ángel de la guardia que venía a protegerme sólo a mí y sin pensarlo el mayor acto de amor se presentó entre los dos. No resisto más, tengo que decirle.

Buenas noches, "querido diario".

26 de febrero

Querido diario, no puedo creer que llegué a esto... mi dolor es tan alto que no puedo resistirlo más, debo de hacerlo.

Ayer le pregunté a Zoe si quería ser mi novia. Ella se entusiasmó mucho, pero también le dije la verdad: mi verdadero nombre, a qué vine y de dónde vengo. Ella no podía creerlo, pero traté de explicarle que había aprendido mucho y sabía que yo podía ser igual a ella. Pero ella sólo sentía miedo, miedo de mí, porque era diferente. Traté de acercarme, pero me rechazó; me dijo que me fuera, que no quería verme, que era un monstruo. Le pregunté que si algo de lo que habíamos pasado juntos significa algo para ella, pero me dijo que desde ahora no.

Tosk tenía razón, no debió de agradarme desde un principio... ni yo le agradaba a ella, porque soy "diferente a ella". Ya sé por qué nos enviaron a investigarlos, porque tienen la peor arma secreta: los sentimientos.

"Sentimiento vivo de afecto a una persona". ¡Ja!, ahora lo entiendo. Bueno, eso si afecto es sinónimo de odio o decepción. Todo este tiempo acepté las diferencias entre ella, su mundo y yo, pero ella no pudo con la única mía.

Las diferencias son un muro muy alto en una prisión horrenda, y la única forma de escapar es rompiendo esos muros o pasándolos por alto. Pero mucha gente prefiere pudrirse en esa prisión a hacer un esfuerzo por salir.

Ja, es en serio un tanto curioso, ¿no lo creen?... dame un sueño eterno...

En la ciudad que nunca duerme.





Mi máximo triunfo

Segunda categoría
Segundo lugar

Luis Felipe Aguilar Olgún

¡Hola, amiga o amigo! Sí, tú, el que está leyendo este cuento. ¿Algún día te has sentido como bicho raro en la escuela? Pues yo sí, pero eso fue hace algún tiempo; ahora soy la persona más popular, pero si te cuento cómo lo logré nunca lo creerías. Bueno, me creas o no te voy a contar, y espero te sirva para cuando te sientas como yo me sentí alguna vez. Mi historia es la siguiente...

Era un día tan común como cualquiera, yo iba saliendo de la escuela cuando vi a mi mamá esperándome con un regalo entre sus manos; se me hizo muy extraño porque mi madre no solía ir por mí, mandaba a la señora Chelita, y el regalo entre sus manos era aún más extraño; no era mi cumpleaños ni día del niño, no había nada que ameritara ese regalo. Me acerqué a ella y me dio un gran beso en la frente y dijo: —¿Cómo está mi hijo preferido, el más lindo, el más hermoso, inteligente y grandioso de este mundo?

Y yo le contesté: —Madre, si yo soy tu único hijo xD (eso significa por si no lo saben “por Dios”).

—Ah, pues entonces, ¿cómo está mi único hijo el más lindo y...?

—No inventes, mamá —interrumpiéndola para que no volviera a decir toda su letanía—. ¿Por qué viniste por mí, si tú nunca lo haces?

Y ella me contestó: —Ah, pues porque te tengo una linda sorpresa —eso de linda sorpresa me causaba angustia en vez de emoción, pero dejé que soltara la sopa para ver de qué se trataba su grandiosa sorpresa, y ella la soltó—. Max, ¿recuerdas que en alguna de nuestras charlas te dije que

podía ser que me promovieran en el trabajo? Pues llegó ese día. ¡Soy la nueva gerente del área de mercadotecnia de mi empresa!, ¿acaso no te da gusto?

En ese momento sentí como si todos los zombis de Guerra Mundial Z se me vinieran todos juntos. Claro que no era una buena noticia; era buena para ella, pero para mí nunca; eso implicaba mudarnos a la Ciudad de México y dejar mi tan querida escuela, donde todo mundo me quería, porque fui a esa escuela desde maternal y ahora después de diez años tendría que empezar de cero. Claro que por supuesto que no era una buena noticia, pero volviendo a lo de mi madre, ella esperaba una respuesta de mi parte y por supuesto no le iba a amargar su felicidad, por lo tanto le dije: —Claro que estoy contento, nada más que me cayó de sorpresa, pero sólo eso.

—Bueno, y es por eso que te compré este regalo, pero no lo abras hasta que llegemos a casa, ¿está bien?

—Pues ¿ya qué?, no tengo otra opción, ¿o sí?

Nos subimos al coche y la curiosidad por saber qué era mi regalo se hacía cada vez más grande. ¿Acaso será el nuevo X Box One con sus respectivos juegos o ¡ya sé!, una *lap* o una *tablet*. Eran unas ganas enormes de abrirlo. Total, de todos modos me iba a tener que mudar a la ciudad y dejar todo lo que había logrado y sobre todo a mis amigos; ella tenía que lucirse con mi regalo para poder pagar sus culpas.

Por fin llegamos a la casa y entrando boté mi mochila y le arrebaté el regalo para abrirlo y mejor ni lo hubiera hecho, parecía que su regalo era una burla. En cuanto lo vi lo arrojé por la ventana que daba al patio y me subí llorando a mi habitación. Ella tocó hasta cansarse, pero yo nunca le abrí, así que me dijo al otro lado de la puerta: —De haber sabido que te ibas a poner así no hubiera aceptado el trabajo.

—No es lo del trabajo, sino tu tonto regalo, mejor no me hubieras comprado nada —le grité tan enojado como nunca lo había hecho.

—¿Pero qué tiene de malo un balón de fútbol? Yo lo compré porque ahora que vayas a la nueva escuela de la ciudad tendrás que hacer nuevos amigos y yo sé que a todos los chicos de tu edad les gusta ese deporte; por lo tanto, si tú aprendes a jugar fútbol lograrás más rápido hacer amigos, ya lo verás.

—Sí, cómo no, si es tan fácil jugar fútbol, no inventes y mejor vete antes de que ya no me quiera ir contigo a la ciudad.

Pasaron sólo quince días cuando ya estábamos en la nueva casa y al día siguiente iba a entrar a mi nueva escuela. Estaba súper nervioso, recuerdo que esa noche no pude dormir nada más de pensar qué clase de compañeros me iban a tocar, con eso de que en las noticias siempre hablan de que en la Ciudad de México hacían mucho *bullying*, estaba aterrorizado.

Pues llegó el día, me paré muy temprano para desayunar, mi madre me dijo que todo iba a salir bien para los dos, que siempre los cambios eran buenos, que sólo me sintiera seguro de quién era y de lo que era capaz de hacer por mí solo, y que eso lo iba a proyectar. Me dio un beso en la frente y me bajó en la entrada de la escuela y entonces le dije: —¿Qué no me vas a acompañar a entrar?

—No.

—Mala madre, ya te dije que un día me iré a quejar al DIF por tus malos tratos.

—Anda ve, pero no te vayas a tardar, que cierran temprano, ¿de acuerdo? Te quiero mucho, hermoso, te cuidas.

Fue todo lo que se le ocurrió decirme y se fue a su nuevo trabajo, mientras que yo no sabía si entrar o comenzar mi nueva vida siendo un niño rebelde y no entrar a la escuela; pero para mi mala suerte ya me había visto la prefecta de la puerta y me dijo: —De seguro tú eres Maximiliano, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé porque tu mami nos dijo que hoy ibas a entrar. Bienvenido, te voy a enseñar cuál es tu salón. Ven, te ayudo.

—No, gracias, yo puedo. Sólo dígame a dónde tengo que entrar y yo iré. ¿Está bien?

—Bueno, si es así, ve al Primero “B”, ése será tu salón.

Y pues busqué mi nuevo salón y, como me tardé, pues ya habían comenzado la clase de español. Toqué y el profesor salió a abrirme. —¿Sí?, dígame en qué le puedo servir, joven; llega usted cinco minutos tarde. ¿Qué no le han dicho que a mi clase nadie llega tarde?

—Disculpe; es que yo no sabía que aquí los primeros grados están hasta el último piso. En mi antigua escuela eran en el primer nivel; es por eso que perdí tiempo.

—No se preocupe; sólo por hoy se lo pasaré. Pase usted y tome la banca del fondo, junto a la ventana.

Pero por qué habiendo dos lugares al frente me mandó precisamente al fondo, para que todos pudieran barrerme de arriba abajo y a su gusto en lo que yo terminaba de pasar por todo el pasillo lleno de mochilas tiradas y con las cuales por poco me caía. Y ahí fue donde conocí por primera vez a mi peor enemigo, Luciano Ramírez, el clásico “todo mundo me tiene miedo” y “yo sólo hago lo que quiero”. —¿Qué no te fijas, nuevo?, pisaste mi mochila.

—Perdón. no era mi intención.

Me senté y tomé la clase de español. Al salir el profesor, una niña se me acercó: —¡Hola! Me llamo Carmen, ¿y tú?, ¿cómo te llamas?

—¡Hola! Me llamo Maximiliano, pero me dicen Max.

—Ah, ok, Max, pues mucho gusto. Mira, te voy a presentar a Víctor, está un poquito sordo pero sí te entiende si le gritas, es que su aparato ya no sirve muy bien.

—¡Hola, Víctor, soy Max! —Se lo dije gritando para que me escuchara bien y no hubiera falla.

—¡Hola!

—Sólo falta que conozcas a Brian; es que de seguro está en el baño, él prefiere estar ahí que entrar a clases —dijo Carmen muy triste.

—Y ¿por qué lo dices en ese tono? —le pregunté.

—Es que el tonto de Luciano siempre lo molesta y por lo tanto



todos le siguen el juego, pero ahora que lo conozcas te va a caer súper ya verás.

—Bueno, esperaré. —Y así pasaron las horas hasta que llegó el receso, salimos y fue cuando por fin conocí a Brian, lo saludé, me saludó.

Todo estaba perfecto con Carmen y Víctor hasta que llegó Luciano y comenzó a gritar:

—¡Arriba los novios! Uuuu, fiu, fiu, ya tan rápido te ligaste al nuevo, Briancito. No inventes, Maxi, yo que tú escogía mejor a mis amistades, le das la mano al gay, a la paisana y al sordo, no inventes... bueno, pero pues ¿con quién más te ibas a juntar, sino con los fenómenos de la escuela? Si vete, tú también eres fenómeno; ja, ja, ja.

—No te enseñaron a respetar, ¿verdad, Luciano? —le dijo Carmen, muy enojada.

—Claro que respeto, pero a quien se lo merece, no a los fenómenos, ¿ok? Tú qué respeto vas a tener, India María, ja, ja, ja. Mejor vete a trapear los baños junto con tu mana la Brian y de paso se llevan al sordito porque el Max no te servirá de mucho.

—Pues te equivocas. Aquí cómo me ves yo puedo hacer de todo y hasta más que tú, hasta fútbol sé jugar, ¿eh?

—Ja, ja, ja. Ahora sí me hiciste reír, Maxi, ¿cómo vas a jugar fútbol si te falta una pata?

Ah, por cierto, creo que no les había mencionado que no tenía mi pierna derecha ¿verdad? Es que para mí es como si no me hiciera falta. En mi antigua escuela, como ya les había mencionado, estuve desde maternal, todos ya me conocían y nunca me hicieron menos ni me hicieron sentir mal por no tener una pierna, y es por eso que cuando mi madre me regaló un balón de fútbol me enojé tanto, porque nunca pensé que podría jugar fútbol en mis condiciones. Pero ella me ha enseñado que si quieres algo nunca hay límites para lograrlo. Siempre dice: "Si crees en ti, ni el cielo será tu límite". Yo crecí con esa ideología y por lo tanto desde ese día tomé mi regalo y me puse a practicar todas las tardes con mi mamá. No



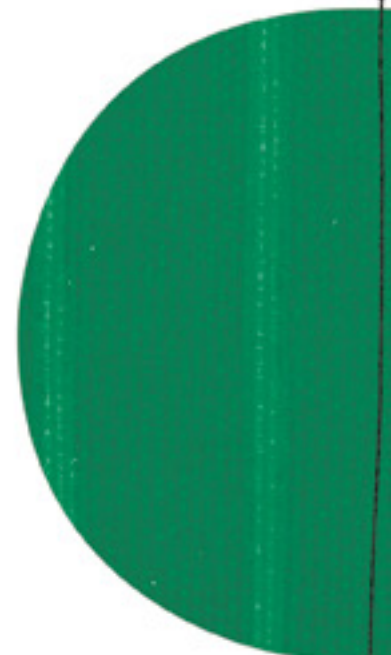



domino muy bien todavía el balón porque me estorban un poco las muletas, pero yo sé que con más entrenamiento lo podré lograr.

Pasaron los días y todo era súper en mi nueva escuela. Mis nuevos amigos me caían muy bien, mis profesores todos eran súper, menos Luciano y sus amigos. Esos eran, como decía mi abuelita, "el negrito en el arroz". Cada que me molestaban, o a mis amigos, me daba un coraje... pero ya ni les hacíamos caso; sólo de esa forma dejaban de molestar y fastidiaban a otros que sí les seguían el juego.

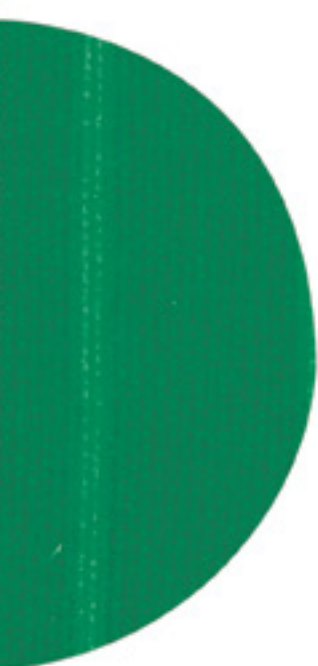
Un buen día llegaron las convocatorias para el torneo de fut que hacía la escuela cada año y les dije a Carmen, a Víctor y a Brian que por qué no hacíamos un equipo. Pero ellos me dijeron que como para qué, que el que siempre ganaba era Luciano y que además el equipo ganador era el que iba a representar a la escuela a nivel zona y después, si ganaban, era a nivel estado y después a nivel República, pero que Luciano por su mala actitud nunca pasaba el nivel zona y que sólo escogía a sus amigos y a niños que jugaran súper bien al fut. O sea, que ni lo pensara. Pero yo sólo quería divertirme, no ganar. Bueno, si ganábamos pues qué mejor ¿no?, pero el punto era divertirnos; así que los convencí de anotarnos y sólo integramos a tres compañeros más y formamos nuestro equipo al que, para gusto de Luciano, le puse por nombre Los Fenómenos del Fútbol. Se me hacía un buen sarcasmo y un buen comienzo para nuestro equipo.

El primer día que nos presentamos a jugar hubo de todo: compañeros que se sorprendían al vernos en la cancha; bueno, para ser sinceros, les






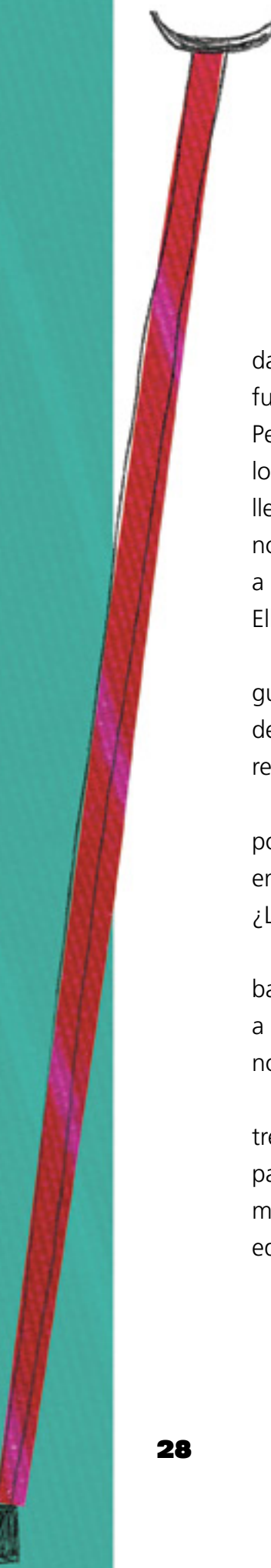
sorprendía verme en la cancha; nadie creía que yo, un niño sin pierna y con muletas, podría jugar. Pero qué tal se quedaron con cara de *what* cuando el árbitro silbó y comenzó el partido. Jugué como si fuera a ganar la mejor copa, para que todos vieran que no por mi condición no podía ser parte de un equipo de fut. Y pues no sé si fueron todas las ganas que le pusimos mis amigos y yo o el rosario que se aventó mi mamá en todo el partido, que ganamos ese día. Todos nos felicitaron, a tal grado que hice como unos cincuenta amigos más, que ni me conocían más que por ser el niño de muletas que sube todos los días los tres pisos para ir a su salón y que nunca se quejaba.



Así fueron pasando las semanas y las eliminatorias. Les mentiría si les dijera que todos los partidos los gané; hubo partidos ganados y perdidos, pero eso es lo que le da la emoción a esto. Cuando ganas se siente súper y cuando pierdes tratas de ver tus fallas para que en el próximo partido lo hagas mejor y se pueda ganar. Pero al que todo mundo quería llegar, llegó; nos íbamos a enfrentar al equipo de Luciano. Obviamente nos dios sus magníficos deseos antes del partido: —Que mis fenómenos ahora sí van a jugar con un equipo de verdad para que sepan lo que es jugar, no hacerle al payaso como lo han hecho hasta ahorita. Es más, déjenme tomarme una *selfie* para *postearla* y decir: “Con los perdedores antes del partido”. Ja, ja, ja.

—Ja, ja, ja. Sí, Luciano, con todo gusto; también me la etiquetas porfa, para después compartirla y aclarar que el perdedor fue otro —le contesté con el mismo sarcasmo con el que él se expresaba.





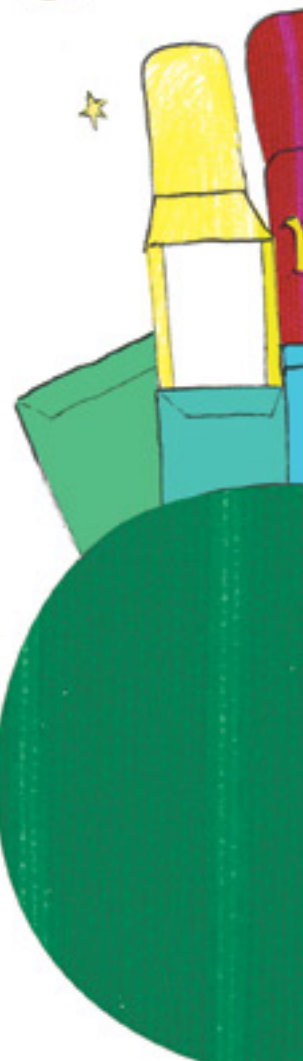
Comenzó el partido y lo que nunca nadie pensó sucedió. Quedamos empatados, por lo que Luciano no quiso, y quería que nos fuéramos a penales para saber quién iba a representar a la escuela. Pero el profe de educación física tuvo una mejor idea: dijo que de los dos equipos iba a hacer sólo uno, porque los dos habíamos llegado a la final y ambos éramos muy buenos. Por nuestra parte no había ningún problema, pero por parte de Luciano sí. Comenzó a decir: —No, profe. En primera, ¿cómo va a jugar la India María? Ella es mujer y nunca había jugado una mujer en el equipo.

—En primera, no es la India María. Se llama Carmen. En segunda no importa que sea mujer porque en las bases sólo dice que deben ser alumnos que tengan 12 años cumplidos y sean alumnos regulares de la escuela a representar —le contestó el profe de edu.

—Bueno, pero póngala en la banca, y tampoco se le ocurra poner a los otros tres fenómenos. Que queden esos en la banca y, en caso de que alguien de mi equipo se lesione, pues ya los saca ¿Le parece?

—No, Luciano, ¿qué te parece que mejor el que se va a ir a la banca o sin jugar eres tú, por no respetar? ¿Cómo ves? —Entonces a Luciano no le quedó de otra más que aguantarse y jugar con nosotros.

Pues así pasó: el primer partido a nivel zona lo jugó Luciano, tres de mis amigos, Brian, Víctor y Carmen, lo ganamos; el segundo partido se perdió, pero fue porque no jugó Carmen, y es que no les mencioné que es una superdelantera; y ya en la final jugó todo el equipo de Luciano menos él, que lo cambió el profe por Carmen,

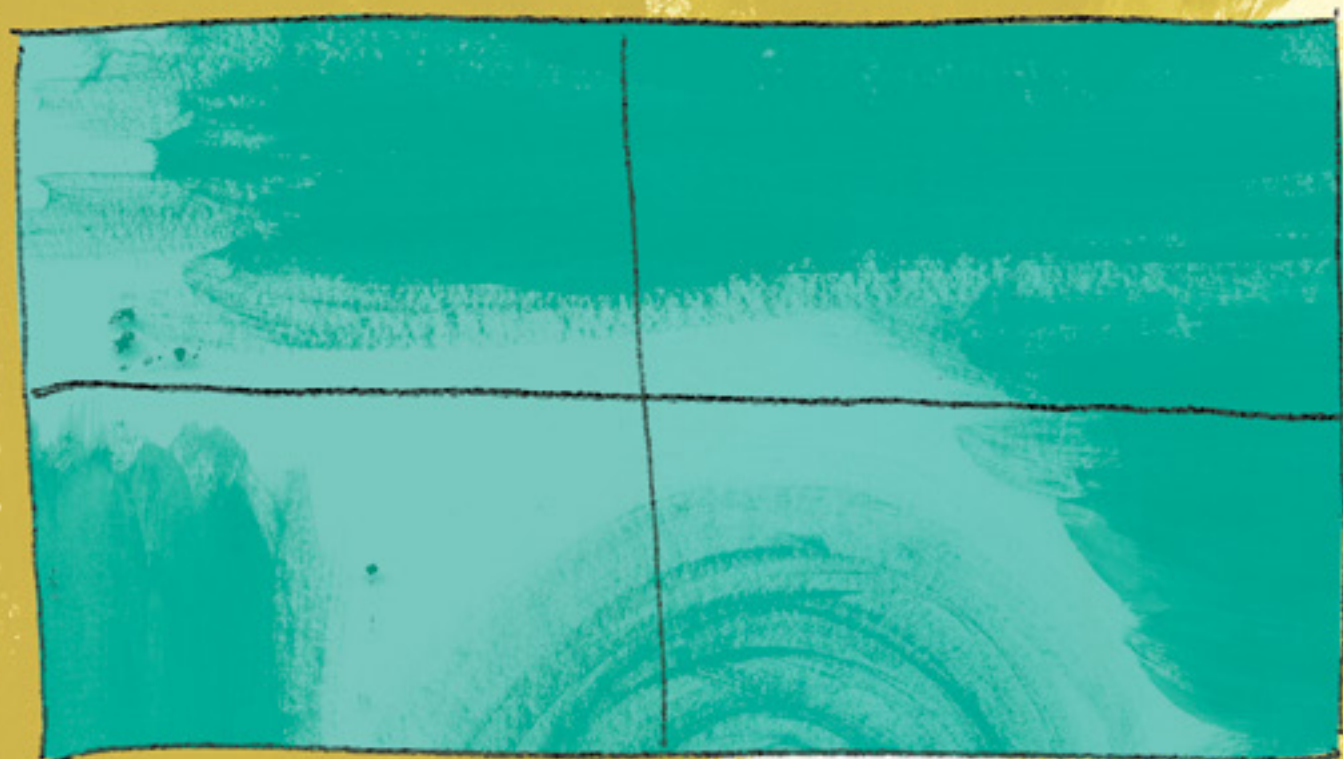




y por supuesto lo ganamos, por lo que pasamos a nivel distrito, lo que nunca había podido Luciano en los cinco años que había estado jugando en la escuela.

Como ven, a mí no me metió el profe a ningún partido, pero no me importaba; sabía que el día tendría que llegar y así fue. El partido para saber quién iba a representar a la Ciudad de México lo jugué yo y como era de esperarse causé la sensación, porque además de ganar, todo mundo se sorprendió de que en mi estado de niño con capacidades diferentes o minusválido logré llegar hasta donde llegué. Pero eso fue gracias a mi madre, que siempre me trató igual que a un niño con todas sus capacidades, nunca me hizo sentirme diferente a los demás. Si todo mundo fuera como mi madre y si respetáramos las diferencias como las mías, las de Carmen, Víctor y Brian, todos ganaríamos, no sólo un partido de futbol, sino ganaríamos la igualdad que necesitamos para lograr en esta vida lo que nos proponemos.

Espera, ¿creías que era el final? No, sólo es que me inspiré, ja, ja, ja. ¿Qué?, ¿no quieres saber si ganamos el partido a nivel República? Pues no, no lo ganamos. Pero gané algo mejor, el que Luciano nos viera con respeto ya no poniéndonos etiquetas. Se dio cuenta de que ante todo "El respeto al derecho ajeno es la paz" y se volvió nuestro superamigo; de hecho, nos defendía de los abusivos de tercer grado, que tampoco nos respetaban por ser de primero. Pero, bueno, eso ya se merece otra historia. Así que ya sabes, amiga o amigo, nunca te sientas ni hagas sentir a nadie como bicho raro, todos merecemos respeto para ganar.




Se vale enamorarse

Segunda categoría
Tercer lugar



Montserrat Martínez López





Estaba ahí, de nuevo sentada en ese sofá viejo que había en mi sala; tomé mi celular y vi que mis amigas ya estaban contando sus historias de amor en el grupito que tenemos. La verdad es que esas cosas a mí no se me dan, ¿cómo puedes creer que va a venir un príncipe azul en su caballo a llevarte a vivir a un hermoso castillo y serás la más feliz “por siempre”? Jajaja, y luego “por siempre”.

Pero da igual. No pasó tanto tiempo y llegaron mis padres a casa, así que fui a mi cuarto y preferí alistarme para dormir, porque... ¿de qué servía volver a escuchar cómo discutían de lo mismo siempre? Apagué mi celular, destendí mi cama, subí a ella, apagué la luz y dormí.

Al siguiente día sonó mi alarma a las 6:00 a. m. ¿Es en serio?, ¿por qué debo levantarme tan temprano de lunes a viernes?; los fines de semana me levanto hasta uhh. Me cambié, me peiné y bla, bla, bla... Sólo ponte a pensar en lo que haces cada día que vas a la escuela.

Porque sí, yo tengo trece años, ¡qué horror!

En fin, tomé mi mochila y subí al auto de mi padre. En el camino iba pensando en lo que haría en mi día; digamos que lo mismo de siempre. Llegamos a la escuela y mi padre me dio un beso en la mejilla. “Qué ridículo”, pensé. Ya tengo trece años como para que me esté dando “besitos”.

Entré a mi salón de clases y saludé a mis mejores amigas, y no es por nada, pero toda la escuela nos conoce. Llegó el profe de mate y empezó a regañar a los mismos niños de siempre, los más desastrosos se podría decir, porque como de costumbre andaban haciendo cosas que no eran del agrado de ningún profesor.



Cada que terminaba una clase, corría con mis amigas a platicar, y así cuatro horas hasta que llegó el tiempo del descanso. Estando en el patio de la escuela, vimos pasar a unas niñas de primero, igual que nosotras, lo único que nos diferenciaba era el grupo. ¡Estaban horribles! En serio. Una muy chaparra, otra muy gorda, la otra con un color de piel muy moreno y la otra con lentes.

No dejábamos de mirarlas, y en un momento vimos que una de ellas sacó un gran billete de cien pesos, y ¿tú qué crees? Fuimos todas mis amigas y yo a donde ellas, y le dijimos a esa niña de lentes que nos diera su dinero. Obviamente se negó. Claro que no me quedó de otra más que agarrarla del cabello y gritarle: —Pues quédate con eso porque lo que tienes de dinero es lo que tienes de fea, niña cuatro ojos.

Y la niñita se puso a llorar, pero sus amigas mejor ni se me acercaron. Le dije que era la última vez que le preguntaba si me daba su dinero, y claro que esta vez me soltó todo lo que traía. La verdad es que no me conmovieron sus lágrimas y nos fuimos al salón porque teníamos examen de biología. El maestro entró y los nervios me comían, pero aun así intenté tranquilizarme.

Rayos, pasó algo terrible. A una chica de mi salón se le ocurrió mandarme una notita preguntándome la respuesta de la pregunta 15, y se la di. Pero eso no es lo peor, lo peor fue que el profesor nos vio y de inmediato nos recogió el papelito; no tardó ni un segundo para que nos cancelara el examen a ambas y para que nos mandara a la dirección. ¿Y quién creen que estaba ahí? Así es, la cuatro ojos con sus amigas las feas.

Le platiqué a mi compañera lo que había pasado en el receso con ellas, me dio tanta risa lo que dijo: —¿Sabías que si respetamos las diferencias, ganamos?

¿Ganamos?, ¿qué cosa? No entiendo.

Pasé a lado de las cuatro niñas, que sólo agacharon la mirada en cuanto me vieron. No me importó y le dije a mi compañera: —Mira nada más, las cuatro clones —y me eché a reír.

Una de ellas me dijo: —¿Qué te hicimos para que nos trates así?

—Ser gordas, chaparras, de un color de piel horrible, y luego lentes... Simplemente ser feas lo arruinó todo —les dije.

Fuimos por una cintilla para que nuestros padres vinieran a hablar con el profesor de biología, y regresando al salón él la llenó y advirtió que, si no venía nuestro tutor, no volveríamos a entrar a sus clases. Terminaron las clases siguientes, y al fin salimos.

A la salida, mis amigas y yo escribimos en unas hojas: “La cuatro ojos y su *crew* de feas”. Cuando las vimos, fuimos corriendo y, sin que ellas se dieran cuenta, les pegamos esas hojas por la espalda. Toda la escuela empezó a reír.

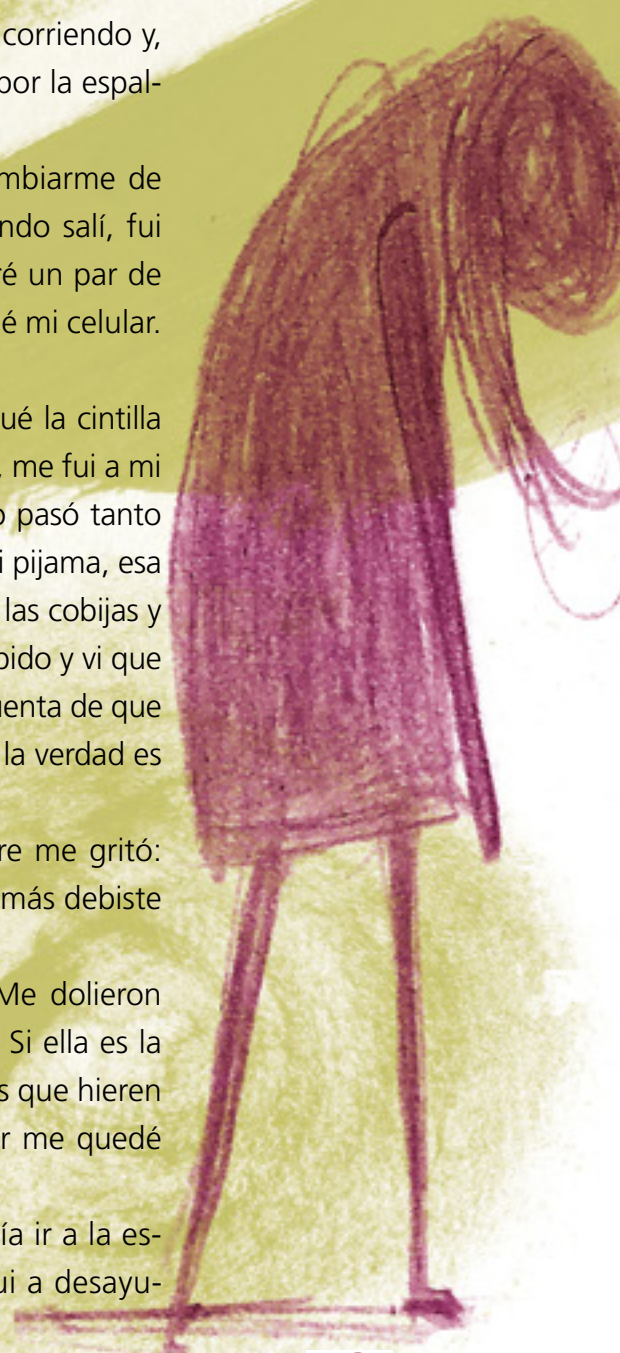
Llegando a casa tiré mi mochila al suelo, fui a cambiarme de ropa porque detesto el uniforme de la escuela y, cuando salí, fui al refrigerador a ver qué había de comer. Sólo encontré un par de panes de caja y jamón para hacerme un sándwich. Tomé mi celular. Toda la tarde me la pasé viendo *anime*.

Al poco rato llegaron mis padres y luego luego saqué la cintilla que me había dado la directora. Sin darles explicaciones, me fui a mi cuarto. Tomé mi libro favorito y leí un poco, porque no pasó tanto tiempo y se me empezaron a cerrar los ojos. Me puse mi pijama, esa color negro con unicornios por todas partes. Me metí a las cobijas y cuando ya iba a dormir escuché unos gritos; me paré rápido y vi que eran mis papás paleando otra vez. “¿Es que no te das cuenta de que tu hija va mal en la escuela?”, le decía mi madre a él. Y la verdad es que no, no voy tan mal en cuanto a mis calificaciones.

Me quise acercar, pero en cuanto me vio mi madre me gritó: —¡Tú vete de aquí, tonta, todo esto es por tu culpa, jamás debiste haber llegado a arruinar nuestras vidas!

Me fui corriendo a mi cuarto y me tiré a llorar. Me dolieron demasiado las palabras que me dijo, ¿pues cómo no? Si ella es la persona más importante en mi vida, y esas cosas son las que hieren más. Estuve así por un largo rato, pero de tanto llorar me quedé dormida cuando menos lo pensé.

Al siguiente día me desperté; en realidad no quería ir a la escuela, pero no pretendía verle la cara a mi madre. Fui a desayu-



nar y ahí estaban los dos; no dije nada, pero ella insistía en molestarme:

—¿Y cuándo piensas presentarnos a tu novio?

—No tengo –le dije.

—Pues claro, ¿quién se va a fijar en una inútil como tú?

Contuve mis lágrimas, tomé mi mochila y me fui corriendo; no quise ni esperar a mi padre, así que me fui en transporte público. Fui a la parada y subí; era un olor insoportable, pero aun así me quedé parada porque ya no había asientos desocupados.

Pensé: “¿Por qué mi madre es así conmigo si yo no pretendo hacerle daño?”. Pero no me entraba ninguna respuesta en la cabeza.

Vi la parada de la escuela y me bajé. Corrí lo más rápido que pude porque noté que estaban a punto de cerrar la puerta. Ahí estaban mis amigas, que no dejaban de preguntarme: —¿Por qué tan tarde? –claro que no pretendía contarles la razón.

Salimos al patio porque teníamos educación física; no quisimos hacer nada mis amigas y yo, así que prefirieron hablar de eso que llaman “amor”. Pero ustedes ya saben qué pienso sobre eso, así que no hace falta repetirlo.

—Deberíamos cambiar el nombre de nuestro grupo –dijo una de ellas.

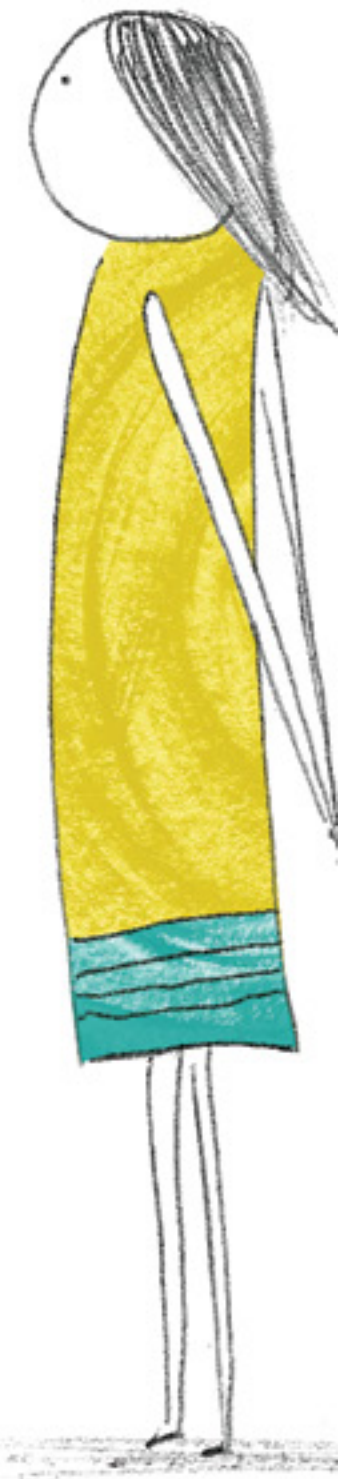
—¿Y si ponemos las iniciales de los chicos que nos gustan. Si se forma algo que podamos pronunciar, lo dejamos –dijo otra. Las tres empezaron a juntar las iniciales...


—¡Se ha formado DEZ! –dijeron todas–. Sólo faltas tú.

Yo sólo les respondí: —Ajá, claro, después les digo.

Fuimos por nuestras mochilas porque nos tocaba taller. Llegando ahí, vi pasar a mi primo con un amigo, saludé a ambos y noté algo extraño en el chico que venía con él. Se me ocurrió regalarle un dulce; él me sonrió y, Dios mío, tenía la sonrisa más hermosa que había visto en mi vida.

Justamente iban pasando por ahí las chicas a las que molestaba, me vieron y dijeron: —No nos hagas daño, te damos todo lo que quieras.





El chico me miró y yo sólo entré a mi salón. Toda esa hora estuve callada y mi amiga me dijo: —Anda, ve y pregúntale su nombre.

—¿Quéeee, estás loca? —No pretendía hacerlo, menos porque se notaba que él era muy extraño.

Terminó la hora, salimos y, oh sorpresa, él estaba ahí, esperando a que saliera. Lo saludé y me dijo que si me podía llevar a mi salón, obvio no le iba decir que no. Me preguntó mi nombre y en seguida él me dijo el suyo, tenía un nombre hermoso. Llegamos a mi salón y nos despedimos...

Mis amigas me dijeron que me notaban un poco extraña, mas sin embargo no les hice caso, porque no quería que pensarán que yo estaba “enamorada”.

Llegué a casa y pensé en lo que había sucedido en la escuela. ¿Sabes algo? Ese chico era alto, era lindo, pero... tenía lentes, ¿y qué pensarán de esto? Sí, ya sé que me odiarán por ser tan mala con la chica de los lentes de la escuela, por todo lo que he hecho, ¿entonces por qué me he enamorado de alguien así? Porque sinceramente, yo estaba enamorada de ese chico.

Mamá llegó esa noche a mi cuarto, me dio un chocolate caliente con un poco de pan, y me dijo: —Hija, me siento muy mal por cómo te traté. Me arrepiento por cada palabra, tú sabes cuánto te amo...

Las dos nos abrazamos porque comenzamos a llorar. Ni siquiera sentí cuando nos dormimos, porque desperté y ella estaba mi lado.

Estando en la escuela, se me acercó el chico lindo del día anterior, no me contuve y le robé un beso... Bueno, y pues de ahí ya saben lo que pasó, después de un tiempo quisimos iniciar algo más. Y claro que mis amigas y yo ya no éramos DEZ, sino DEFZ, porque la inicial de mi chico estaba integrada.

Busqué a las chicas con las que me porté pésimo. Cuando las encontré no se imaginan lo que pasó: me perdonaron y ahora somos amigas.

Me siento bien sabiendo que...

Respetando las diferencias, ganamos.



...h.
adma.

admg

all

Receta...

La huida de Augusto Zamorano

Tercera categoría
Primer lugar


*un
un.*



David Ramírez Cacho

Nota

marzo




Mateo Peña Valdivia, 23 de marzo de 2011, calle La Quemada, col. Narvarte Oriente, Ciudad de México.

Alisté mis cosas, mis recetas, mi termo con café con leche, un libro titulado *Por el camino de Swann*, de Marcel Proust. Mi vista se colapsó, tenía un incipiente deterioro de ésta (debía ser el ordenador o las horas enteras en el celular, diría mamá). Me dolía la espalda abismalmente, las prácticas físicas en el colegio el día anterior habían sido bruscas. Mis huesos crujían como si me cincelaran el alma con un esmeril de dos filos, uno punzocortante y el otro lleno de rigidez.

No me he presentado, disculpen, soy Mateo Valdivia, estudio segundo de secundaria, tengo trece años, casi catorce. Hace ya un rato que todo se revuelve muy rápidamente, ocurren sucesos consecuentes a otros sucesos menos o igual de sofocantes. No sé por dónde empezar, las imágenes han quedado embadurnadas sobre un séquito de cosas un tanto llanas o quizá trascendentales. Nada ha salido como lo planeé. Sólo tengo la certeza de estar entre la gente, ésta disipa mi presencia con indiferencias insensatas; tampoco soy víctima de *bullying*, pero algo aqueja mi interior (he ido al psicólogo y garantiza que tengo una salud mental óptima), una revuelta inconclusa. Creo que me he vuelto como uno de ellos: los demás.

Todo era diferente hace unos días; esto se vuelve hilarante y mi mente despega regocijada entre mil pensamientos al mismo tiempo; debe ser producto de la falta de experiencia y la insolencia al tomar decisiones precisas. En verdad no lo sé.



Este día he de faltar a la escuela, tengo cita con la dermatóloga Cecilia Barragán, es a las nueve de la mañana en el Centro Dermatológico “Doctor Ladislao de la Pascua” en la colonia Buenos Aires, llevo mis recetas de las citas pasadas. Mi padre me está esperando en el auto y termino de escribir estas palabras con una desmesurada melancolía, sólo me pregunto: ¿qué pasó con Augusto Zamorano?

25 de marzo de 2011

Déjenme hablar un poco de Zamorano. Es, era, no sé, un chico paliducho de estatura aproximada al metro sesenta centímetros, medio entre los otros chicos del grupo. Con un semblante indiferente y una estampa difusa, de rasgos finos y prácticamente lampiño de piernas y brazos, su tez blanca o amarilla, no estoy seguro, una voz aguda y matizada, unos ojos tan diáfanos que se puede admirar el jolgorio de un niño al ver llegar a su padre del trabajo, castos y blanquecinos entre la maleza que crece en los ojos infaustos del resto. Un alumno promedio, irregular con las tareas, callado y siempre reflexivo ante cada situación que se plantea, quieto (recuerdo), bueno..., me remito la imagen de Zamorano al verlo formado para comprar una nieve de limón de dos bolas al pie de la puerta de la secundaria. Su padre nunca lo iba a dejar, él llegaba en pesero y se iba en pesero, incluso veo la imagen nítida de sus ojos miel al subir a éste, su totalidad y autonomía en esos pasos casi inseguros.

Nadie quería a Zamorano. Tener clase de deportes junto a él era una sátira cómica de pies a cabeza, como una película de Adam Sandler, su velocidad desmadejada y su joroba pronunciada eran indicios de una persona insalubre. Pero no era así, su naturaleza no era de este mundo, formaba parte de una concepción total del cuerpo humano (poco ortodoxa concepción) con todo y sus defectos, sus chistes sin gracia, sus poemas que nadie entendía. Puede que haya habido más elocuencia en estas acciones que en cualquier otra que hiciera el resto del grupo. Sólo cabe mencionar

que siempre fue excluido de todo grupo social: su nombre fue y es repudiado. Incluso a pesar de su repentina desaparición, éste no ha sido del todo aceptado, sólo genera lástima entre los imbéciles del salón. La rabia me invade, algo me impulsa a seguir contando esta historia, aunque sea un ejercicio meramente catártico. Todo desahogo es parte fundamental en la vida.

Todo empezó hace dos semanas. La maestra de literatura le pidió a Zamorano que pasara a anotar unos ejemplos de *verboides* en el pizarrón. Zamorano, como de costumbre, con su paso lento y despistado, dejando una estela de hedor agrio en el salón, se paró. Su vestimenta era poco aliñada, gozaba de un contraste de múltiples porquerías en su enclaustrado reflejo. Entonces una voz salió disparada entre todos los letargos.

—Zamorano tiene batido el culo de sangre —gritó entonces Juan Acosta.

La silla en la que se había sentado el pobre Zamorano la habían batido de tinta roja.

—¡Fuiste tú, maldito Acosta! —señaló Zamorano.

De un grito la maestra calló a los dos y los mandó a la subdirección. Se pidieron disculpas y asunto “arreglado” —cabe mencionar que Acosta siempre fue diligente en cuanto a los insultos y las faltas de respeto hacia las personas ajenas a su naturaleza, porque él aseguraba que tenía una capacidad diferente al resto, cuando en verdad era un torpe en el sentido estricto de la palabra.

Pasaron algunas horas, Zamorano estaba angustiado y el coraje invadía sus adentros; era la última hora y tocaba inglés, el maestro dejó una actividad y salió a atender a la subdirectora. En ese momento vi cómo se envolvió Zamorano en el celaje del salón, como un venado corriendo por los abetos, moviéndose invulnerablemente a pesar del crujido de sus pasos, con unas tijeras de punta de cruz en la mano, acercándose con cautela hacia el gran Acosta. En cuestión de segundos se enmudeció el salón y a la reacción de Acosta se vinieron encima de sus mejillas las tijeras de Zamorano, dejando un rastro de sangre inmediatamente. El salón vio cómo

cayó Acosta, como un costal de papas sobre el arado desierto. Ver caer a un gigante en cualquier lado es un acontecimiento anodante, de esos que tienen motivo de celebración.

—Eso te pasa por llevado —exclamó entonces Zamorano.

Acosta encegueció, sus sentidos se anularon predeterminadamente y se tendió a llorar. Llegó el maestro, alterado por la impactante imagen pidió auxilio inmediatamente al doctor de la escuela. Zamorano fue suspendido el resto de la semana y le mandaron citatorio a su padre.

26 de marzo de 2011

Pasó la semana de suspensión. Salí al baño de improviso, tenía calor; desde el recodo del pasillo vi meterse a Zamorano junto a su padre con rumbo a la subdirección. Vi cómo encaminaba a su papá, un hombre de tez trigueña, con ojos verdes o relativamente verdes, calvo y con ropas bien aliñadas, dignas de un adulto o de perdida bien asimiladas a la sociedad, a diferencia del chiste de retrato que era Zamorano.

Ya sentado, escuchando a la maestra de física, oí un resquebrajar latente, un tacón pisando en las profundidades del patio de la escuela (despoblado); era la subdirectora y traía consigo a Zamorano. A diferencia de otros días venía bien arreglado, sus camisas ¡blancas, como una paloma!, sus zapatos bien boleados y estrenando un pantalón del colegio planchado con raya, incluso peinado y con una loción cítrica.

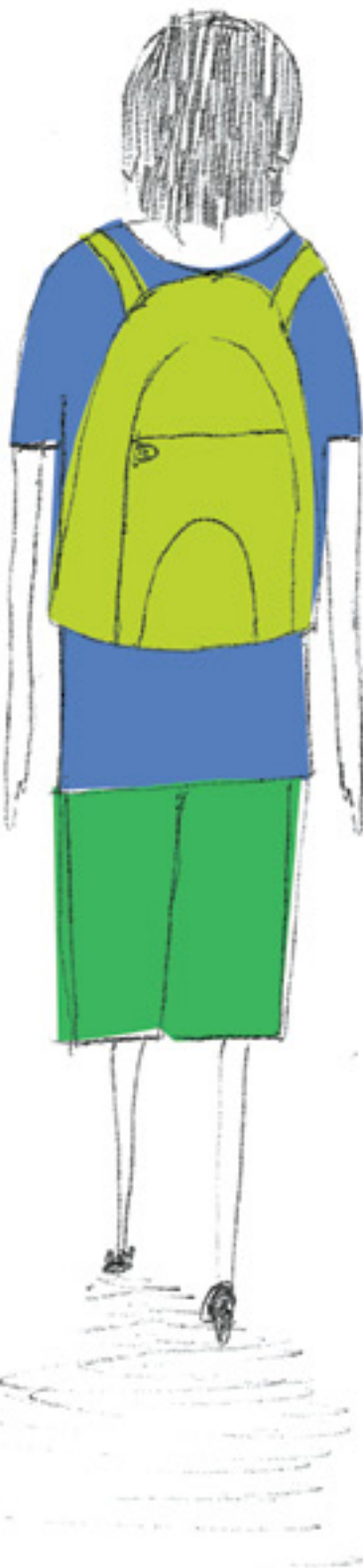

Había un lugar vacío a lado de mi banca. Yo no soy de muchos amigos, no concibo la razón por la cual aquel día le hice una seña para que se sentara a lado de mí; él asintió con la cabeza y me saludó posteriormente.

—Gracias, Peña.

—No es nada, Augusto.

Entonces escuché un murmullo o quejido sardónico de Nicolás, el compañero de enfrente, y decidí que pasara desapercibido.





Aquella versión de Zamorano limpio y pulcro fue una novedad, incluso vi cómo se extraviaron las miradas de algunas de las chicas del salón en su nueva y atractiva forma física; al menos decente se veía. Aunque seguían ahí sus dientes semiamarillentos, que denotaban su otredad y su carácter pueril dentro de la nimiedad que significaba la gente. Al contacto entre sus labios y sus dientes al pronunciar cadenciosamente las palabras, cada parte de la escena me remitía a Zamorano. Algo estaba cambiando, eso sí era seguro, pero la quintaesencia de su alma aún aguardaba en sus entrañas.

—¿Dejaron mucha tarea el resto de la semana? —preguntó Zamorano.

—Naturalmente —exclamé.

26 de marzo de 2011

Al día siguiente, como era predecible, llegó Zamorano al salón, igual que el día anterior, limpio. Se sentó a mi lado y me sentí un poco acosado, o tal vez me daba miedo lo que pensara el resto del grupo por mi repentina amistad.


—¿Hiciste lo de física? —pregunto él.

—Sí —asentí.

—Pásamelo rápido. Te compro una torta en el recreo, pero pásamelo.

—Bueno, ¡pero rápido!

Estábamos acabando la clase de historia, seguía sentado al lado de Zamorano, acabamos el trabajo y repentinamente la campana abrió las puertas del recreo. Éste siguió la estela de mis pasos y continuamos conversando sobre la muerte de John Lennon; a los dos nos gustaban The Beatles (al menos teníamos algo en común). En estos tiempos temo que es algo arcaico escuchar este grupo, pero un clásico indiscutiblemente nunca deja de ser tema de conversación. Nos sentamos, fue a la cooperativa, efectivamente compró mi torta, le di para que fuera por dos *Lulú* sabor uva; dio una se-



gunda vuelta y trajo consigo los refrescos. Empezamos a hablar de nuestras actividades extraclase, del lugar donde vivíamos, de cómo veíamos la sociedad y con qué herramientas nos parábamos ante ella, cosas básicas de política (fulgores incipientes), de las chicas que me gustaban, de los libros que él estaba por acabar. Nuestra amistad tuvo ciertas convergencias; sentía cómo simpatizaban nuestras magnitudes y con el paso de los minutos creía en algo más inaudito que el somero trato con la gente, en la amistad, arista vital en la adolescencia.

Ese mismo día vi a Zamorano palidecer en la penúltima clase, matemáticas, vi cómo se ovillaba ante mi voz, que ensordecía sus nulos instintos, vi su totalidad repentina sumirse en el antiguo Zamorano.

—¿Estás bien? —dije.

—Me cayó mal la torta, ando tocado del estómago.

—¿Tienes diarrea?

—Poquita.

Posteriormente solté una carcajada discretamente y preferí ignorar sus quejidos. Pasaron quince minutos y noté más y más rigidez en él, sucumbió en un halo de apatía y no entendí el desconcierto; ni siquiera el malestar era motivo de aquella cara fatigada. De improviso alcancé a percibir un olor muy pronunciado, un olor como a huevo cocido.

—¿Te has tirado un pedo? —musité en su oído.

—Tal vez —sollozó.

—¿Seguro?

—Creo que me he cagado —dijo con simulada sordidez.

Quedé anonadado, mi cara también palideció.

—Ve al baño, enseguida, ahorita te llevo papel, hazlo discretamente —musité en su oído.

Se levantó y el maestro le permitió salir, de pronto vi una estela de agua correr por su trasero, el hedor no logró expandirse, nadie lo notó. Consecuentemente le dije al maestro que tenía náuseas y que debía ir al baño, llevé el papel, corrí apresuradamente hasta alcanzar el baño y lo vi en uno de los escusados, pasé el papel por debajo de la puerta.

—¿Cómo estás?

—Algo mal, no me cagué del todo, fue una flatulencia y algo más...

Inevitablemente los dos nos reímos.

—Ya me limpié, pero ha quedado un poco húmedo el calzoncillo.

—Límpialo con el papel.

—No ha sido suficiente.

—Te presto el mío, pero lo lavas y me lo traes limpio mañana.

Aceptó y posteriormente pasó al escusado de al lado y me quitó mi calzón y lo pasó por la rendija de abajo. Le dije que aventara el calzón de él dos escusados más lejos. Lo hizo, y para concluir salimos del baño y todavía había un rastrojo de agua petrificada (diarrea) estampada en su pantalón, humedeció su trasero y difuminó un poco la estela de mierda. Pudo disimular el inconveniente amarrándose el suéter a la cintura. Él entró primero al salón, el maestro no dijo nada, y dos minutos después entré yo.

—¿Estás bien, hijo?

—Sí, todo bien, maestro.

Mientras ensamblábamos nuestra conversación el profesor y yo, una voz lanzó un disparo con una energía potente.

—¿Se ha ido a vomitar el bebé Mateo? —gritó Acosta (de nueva cuenta).

El salón rió. Al día siguiente no se tocó el tema otra vez.

27 de marzo de 2011

Este domingo no es como cualquier día de primavera. Por la ventana veo la aurora desviarse conforme el ocaso moja mis ojos y mis lágrimas develan el dolor de mis letargos, esta incertidumbre que rememora el cuerpo vuelto de Zamorano, vuelto en mi cama, en las risas que ya no transcurren como peatones a pie de calle.

Hace una semana, el 21 de marzo, recuerdo bien, fue la penúltima vez que vi a Zamorano. Nuestra amistad temprana había



sido un despertar para los dos, se escindían las cadenas de la cotidianidad y nuestros pensamientos lograban una resurrección, las primicias de un elixir.

Aquel lunes nos tocaba educación física, jugamos un partido de futbol, elegí a Zamorano en mi equipo, fue portero. Para acabar pronto, Franco Juárez (amigo de Acosta) hizo un agresivo remate afuera del área chica y fue a dar el balonazo al rostro inocente de Zamorano. Su reacción fue precipitada y vi cómo la sangre tentaba la imparcialidad de su inocuo rostro, caminó unos pasos después de levantarse y escupió en la cara a Juárez. Empezó la riña, los golpes redimieron la atención que había hacia el juego y la súbita pelea penetró la atención de todo el grupo. Estiraron sus cabezas, se golpearon (bastante), vi sangrar a Juárez y cómo Zamorano le dio un recto con una velocidad pasiva, que sí logró impactar en la cara de su adversario y ésta se rompió en sangre. Sucesivamente, no sé cómo, todo el grupo acabó en la subdirección. Incluso las mujeres. Suspendieron un día a todo el grupo; también desconozco las razones, aunque siempre es un alivio no tener clases.

28 de marzo de 2011

El 22 de marzo fui a terminar una línea del tiempo. Mi padre me fue a dejar a su casa, bueno, departamento, ubicado en los vestigios de la colonia Roma Sur, en la calle Toluca, sobre Viaducto.

Me abrió una mucama de alrededor sesenta años, con rasgos indígenas, un rostro demacrado y unos ojos taciturnos; con una voz dulce, una tez oscura y seca, sus arrugas como ornato decorando la inmensidad de sus visajes. Entre esa imagen y el fondo del departamento escuché la amable voz de Zamorano, que ya había adelantado parte del trabajo. Pedimos *pizza*, llegó en cuarenta y cinco minutos (no tuvo costo gracias a la promoción "Si no llegamos en treinta minutos, la *pizza* es gratis").

Seguimos con la tarea, el ardor pesaba como remusgo sobre nuestros ojos; eran las siete de la noche. La mucama se retiró, su papá llegaba en media hora, mi padre tardaría en llegar ese mismo intervalo de tiempo. Aprovechamos para jugar videojuegos; a los quince minutos nos aburrimos y nos sentamos en el sofá-cama. Tomó un libro de poesía de un tal Xavier Villarrutia, leyó un par de poemas y comenzamos a filosofar un poco, de pronto sentí su proximidad y cómo sus ojos acompasados con sus palabras se clavaban como esquirlas en los míos y en ese acto infructuoso y trabado sentí sus manos elevarse levemente hacia mi rostro. Sus ojos diáfanos, su cara fina y desolada, tiñendo el espacio con movimientos melifluos indefinidamente estáticos y poco significantes, pero aterradores. Escuché y escuché sus anhelos cuando sus labios se acercaban tenuemente sobre los míos, un tanto precipitados, y sentí cómo todo esto me incomodó. Estuve deshecho en esa latitud desconocida. Entraron como caldera estos mismos entre los míos y casi de inmediato protesté:

—¡Para!

No me dio asco, otra cosa me alejó. Quizá la certeza de que no soy homosexual.

—¿Eres puto? –exclamé con enojo.

—¡Tú me besaste a mí! –dijo.

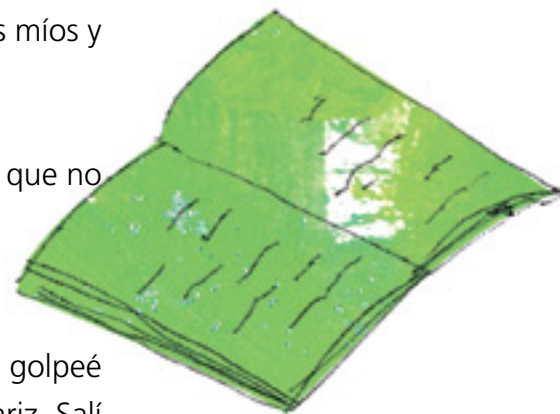
—¿Eres puto? –en ese momento me lancé contra él y lo golpeé repetidas veces hasta que empezó a gotear sangre de su nariz. Salí llorando despavorido al notar sus incipientes sollozos.

Antes de salir del departamento escuché:

—No te vayas, no es lo que crees.

—¿Esto significa nuestra amistad? Pinche puto –fue lo último que dije y la última vez que vi a un Zamorano aniquilado bajo el sombrío tapete que arrojaba su sala. La última vez que vi algo real, siendo más honesto.

Mi único amigo quedó sepultado entre andrajos dispersos de mi habitación. Al día siguiente no se presentó a clases, ni al siguiente ni hasta el día de hoy.



29 de marzo de 2011

Nadie sabe nada de Zamorano. Su padre inició una búsqueda con la policía, fui entrevistado, no di detalles y sólo dije que nos vimos para hacer un trabajo escolar, su padre lo sabía. Secretos “no había” de por medio.

30 de marzo de 2011

Hallé en un periódico de nota roja llamado *El Balazo* un artículo que aparecía como portada. Decía algo más o menos así: “Niño de 14 años se cuelga al pie de un árbol”.

Mi cabeza me llevó a pensar en Zamorano, luego recordé que él todavía no cumplía los catorce, sino hasta agosto.

31 de marzo de 2011

Hoy es mi cumpleaños, me han hecho una comida mis familiares, no he partido el pastel, fingí una pequeña cefalea y me tiré en mi cama como un cadáver.

Estoy así por Zamorano, y por otro lado, en verdad, no me entusiasma otro año más. Algún día mi cuerpo será parte de un sarcófago sin alma y el alba ungirá mis vértebras sobre una manta traslúcida en la que no será posible reconocer mis magnitudes. Puede ser ahora mismo, no hallo motivo de celebración, todo es comercial, un efecto que malea las mentes primitivas que siguen un patrón de repetición constante, un cumpleaños, por ejemplo. El mundo se me agota. Por ahora al menos, sí. Este día no es la excepción.

1 de mayo 2011

No hubo clases por la junta de consejo, también es día del trabajo, todo me falta, aunque sea un poco.

2 de mayo de 2011

Acompañé a misa a mi madre. No soy un ferviente católico, no soy católico. Elijo otra cosa, el mundo, por ejemplo, el brillo como una transmisión directa de imágenes en las que el color evoca en mi ensimismado reflejo, no el adoctrinamiento del alma y el cuerpo, no. Todo el peso del tiempo cayendo como guijarros sobre mi lozana espalda termina por ofuscarme. Elijo un momento más con Zamorano, para escucharlo, para entender por qué me besó; elijo la paz célica que concilia mis certezas para llevar mis consignas más allá del fracaso y seguir con los vestigios de la tarde sobre mi eterno paraíso, que es la vida.

3 de mayo de 2011

Mi madre hizo chilaquiles con arrachera, vinieron mi tía Lourdes y Diana a comer. Están visitando la Ciudad de México, mañana regresan a Michoacán.

4 de mayo de 2011

No he sabido nada de Zamorano, no me he acercado directamente a su padre, empiezo a volverme indiferente, mi espíritu aún no se calma, mi presión disminuye.

5 de mayo de 2011

Hoy se conmemora la batalla de Puebla, hay puente, tampoco hay clases.

6 de mayo de 2011

Zamorano ha vuelto. Su presencia causó una ruptura. He actuado lacónico, se ha acercado y le he excluido. No sé qué vaya a pasar. Respeto nuestras diferencias, a pesar de todo aún lo contemplo como un amigo, pero algo me impide retomar nuestra amistad.

7 de mayo de 2011

Zamorano habló públicamente sobre su huida. Dijo que estuvo escondido bajo un puente en Tláhuac o Tlatelolco, escuché difusamente mientras me inmiscuí en una plática próxima al grupito de personas que ponían atención a lo que decía Zamorano. Dijo que había comido en una fonda con el dinero de sus ahorros (no tuvo mérito su huida, aunque casi me mata de un susto) y que conoció a un vago que posiblemente fue un sabio en un pasado no tan remoto, cosas aparentemente mágicas para alguien de trece años. Un día lo subió la patrulla y lo llevaron a su casa, reconocieron su rostro los de la fonda a la que iba a comer por un cartel pegado a las afueras del Metro Lázaro Cárdenas, que había visto de reojo una de las cocineras. Al llegar a su casa, por lo que oí, su padre lo abrazó fuertemente y le dijo algo como:

—Nunca vuelvas a hacerme esto.

A pesar de su lánguido relato, nunca contó el motivo por el cual huyó.

8 de mayo de 2011

Hemos vuelto a hablar, lo veo desanimado, enmudecimos mutuamente. Topamos cara a cara antes de volver al salón después del receso; entonces aguzamos la mirada y sonreímos, cabizbajos, los dos.

—Siento que han pasado años —dijo de golpe.

—Temo que sí.

—¿Cómo te la has pasado sin mí?

—¡Idiota! —exclamé riéndome.

La plática continuó, me contó más detalladamente cómo fue su fuga y qué cosas le sucedieron. Fue todo un jolgorio, desde una amistad con una prostituta que le apodaba *Pollito* hasta que se despidió mentalmente de todos esos lugares que visitó.

Me pidió disculpas:

—He sido un imbécil, perdón —me dijo titubeando.

—No es nada —me pasó un escalofrío.

—Bueno...

—Una última duda: ¿eres homosexual? —dije entonces.

—¿Eres homofóbico? —exclamó.

—No.

—Entonces podemos ser amigos —dijo, y secuencialmente una risa amarató la plácida tarde. Me entró un escalofrío al inicio, después lo sobrellevé. Lo abracé, me abrazó y algo resurgió después de ese dolor empañado por nuestra sonrisa.

Epílogo

Mateo Peña Valdivia, 23 de marzo de 2016, calle La Quemada, col. Narvarte Oriente, Ciudad de México.

Recuerdo con nostalgia aquellos años, los de secundaria. Tengo dieciocho años, el mundo no ha cambiado mucho, cada día somos más propensos a todo, todo nos falta, de todo renegamos, la reminiscencia nos indigna, pero nos impone la vida como un regalo. Supongo que la elocuencia llega hasta que superamos nuestros prejuicios. Por cierto, llevo dos años con mi nueva novia, se llama Rosario. Estoy alistando mis cosas, es de mis últimos días de preparatoria, me han aceptado en la universidad, cumplí con los requisitos necesarios y aprobé el examen. Qué ironía, hace unos años pensaba en algo como administración o arquitectura, hoy decido estudiar letras.





He quedado con unos amigos después de la escuela. Uno de ellos es mi mejor amigo y va a ir acompañado por su novio... sí, su novio. Rosario me ha confirmado y nos veremos en la glorieta de Vértiz en un café-bar. Espero que Augusto esté bien, hace dos semanas que no lo veo, está ocupado, buscando entre sus libros una razón más de vida. También entrará a letras, quizá compartíamos algo más que sólo gustos musicales, colores preferidos, afinidades por los autos, marcas de ropa favoritas, el gusto por el *whisky*, el gusto por la *pizza*, no lo sé. Sólo sé que gané algo más, más que una historia, más que un motivo para escribir, más que una razón para aliviar mi quejido constante, incluso, más que una sólida amistad o el hecho de superar mis prejuicios y empezar a tolerar los gustos de los otros. Quizá otra cosa me haya hecho abrir la brecha del camino que está por recorrerse...

La verdad es que hoy la vida se torna más fuliginosa que otros días, el sol brilla ferozmente y yo termino de escribir estas palabras.



Tocayo

Tercera categoría
Segundo lugar



Sinead Engel Moreno Ortiz

La naturaleza dicta nacer, crecer, reproducirse y morir. En nosotros se traduce a: ten dinero, ten una familia y luego vete al diablo; no necesariamente en ese orden. Desde donde me encuentro ahora no parece algo tan fútil, aunque hace rato lo era. Bien dicen que tu perspectiva de la vida cambia de acuerdo con tu posición en la misma. Y en este momento mi posición apesta.

¿Qué voy a hacer ahora?



Helo ahí, corriendo por ayuda, desesperado, en verdad preocupado por lo que me ha ocurrido, tratando de hacer algo por mí, como siempre. ¡Maldito! Y pensar que yo lo introduje en mi vida ¿Hace cuánto fue? Creo que tres años, y en aquel entonces pareció tan buena idea.

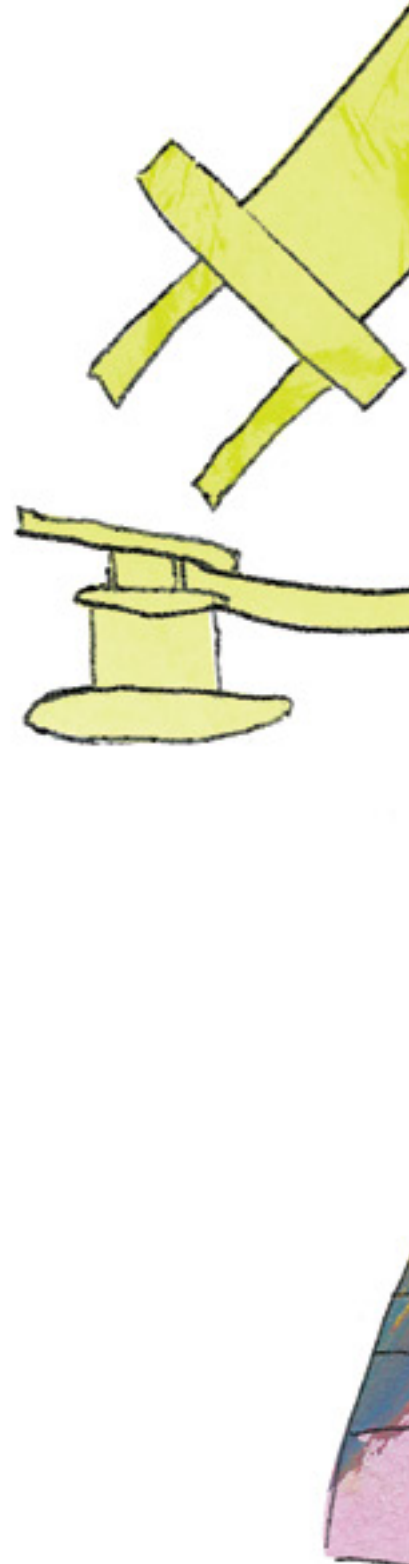


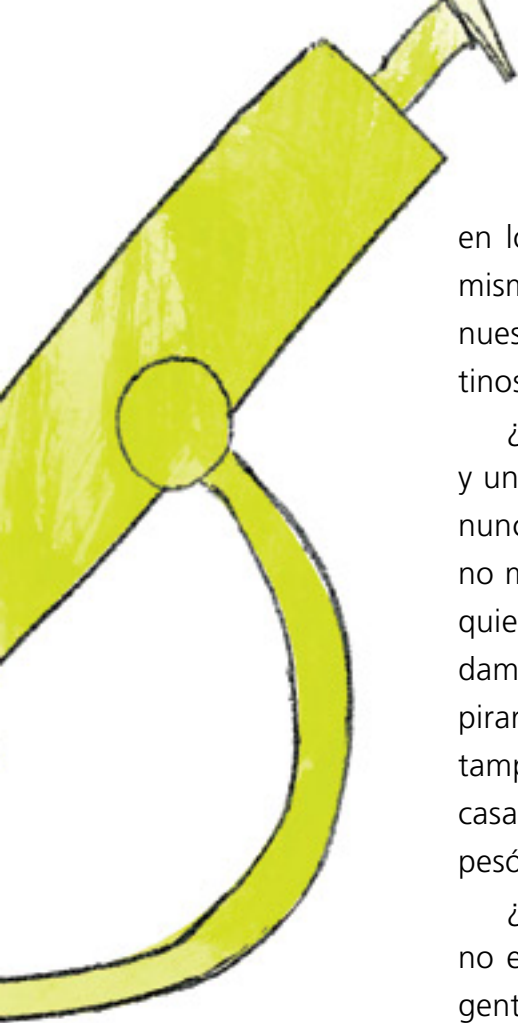
No terminé la escuela, ni falta me hizo; cursaba el último año de la preparatoria cuando un amigo de mi padre me consiguió un trabajo excelente, muy bien remunerado. Uno de esos que sólo obtienes si eres hijo de rico o si el rico es muy amigo de tu padre; mi caso. En principio dudé y mucho, tenía sueños, como todos. Grandes aspiraciones: construiría puentes enormes que conectarían los continentes y edificios que llegarían al cielo, en los cuales albergaría a la gente que no tenía un hogar. Curaría el cáncer y el sida y regalaría las curas a todos. Diseñaría un *software* que resolvería todos los problemas de las perso-

nas, un programa o *app* que fuera el asistente de vida perfecto, para que las personas pudieran dedicarse a sí mismas. Sería el primer político honesto, de una calidad moral intachable, y escucharía a los atribulados y les daría casa, trabajo y comida a todos. Sería el primer hombre en Marte, el primero en comenzar la terraformación del planeta para adecuarlo a la colonización. Sería un gran aventurero a lo Indiana Jones, y mi sola presencia en la historia de la humanidad lo cambiaría todo. De hecho, mi plan era continuar con mis estudios una vez que me habituara al trabajo. Cuando vi lo que me pagaban al mes dije: “¡Al demonio, tengo dinero!”.

No sé exactamente cómo transcurrieron los últimos veinte años, entre parrandas y desmanes de fines de semana y la cotidianidad del trabajo. Pero me salió panza, perdí cabello, me hice viejo viviendo en automático y no me percaté de ello hasta que vi una película donde aparecía ese *rockero raro*, Marilyn Manson, diciendo: “Si no tienes a nadie que te odie o te envidie por cualquier cosa, algo estás haciendo realmente mal”. Y es que a pesar de mi “carrazo” del año, mi hermosa casa, mi guapísima esposa veintidós años menor que yo y mi precioso y regordete hijo, no conocía a nadie que me odiara, me envidiara o me admirara.

¿Que vestía bien y con estilo? Todos lo hacían en la oficina. Un día, aterrado, noté que parecíamos copias los unos de los otros, bien peinados, buen calzado, trajes caros y oliendo a perfumes de precios absurdos, uniformados como en la secundaria, sin personalidad. Todos comíamos






en los mismos lugares, parrandeábamos en los mismos antros y hasta íbamos de vacaciones con nuestras familias a los mismos “exclusivos” destinos.

¿Que ganaba muy bien, tenía un buen auto y una gran casa? Debido a mis estudios truncos nunca pude aspirar a un ascenso, y en principio no me molestaba, pero por ende ni siquiera era quien ganaba más y mucho menos era el mandamás de mi área. Por consecuencia no podía aspirar a uno de los grandes puestos y lógicamente tampoco era quien tenía el mejor auto o la mejor casa. Y ya que padecía tal ataque de lucidez, me pesó mi falta de progreso personal.

¿Que tenía a una mujer guapísima? Sí, pero no era la más guapa de todas las parejas de la gente de la empresa. Siendo honesto, mi mujer tendía demasiado a ser vulgar; pero el gancho al hígado radicaba en su innata estupidez. Mi querida esposa era abrumadoramente metalizada y superficial, me aterraba verla platicar con alguien, pues cuando decía algún sinsentido, de inmediato volteaban a verme con lástima. Supongo que eso te sacas por andar con escuincas de veintidós años que ni siquiera terminaron la secundaria.

Entonces me pregunté: ¿qué ha cambiado en el mundo mi presencia? ¿Cuáles son mis logros? ¿Simplemente tener dinero y moverle el rabo cual perrito faldero constantemente a un infeliz porque es mi jefe? Me sentí hueco e inútil. ¿Qué cambiaría ahora que lo había notado? Si ya se me había escapado media vida. Estuve meditando sobre eso durante un rato sin encontrar una






solución y empecé a resignarme a morir en el anonimato, llevándome todas las maravillas que mi ser pudo brindarle a la humanidad.

Aburrido y decepcionado de mí mismo, recurrí a la actividad de moda y comencé a buscar gente de mi pasado a través de las redes sociales, Twitter, WhatsApp, Instagram y cualquiera que pudiera sacarme de mi monótona realidad. Un día por Facebook contacté a quien fuera mi mejor amigo de la prepa, Nimoy; *trekkie* extremo, inteligente nivel genio y gran admirador de Leonard Nimoy (de ahí el mote), y así aparecía en su página de Facebook, como Nimoy. Se convirtió en científico y estaba involucrado en un proyecto para cambiar al mundo, según él. Curiosamente, de los dos siempre fue el más realista.

Nos citamos para comer unos tacos y tomarnos un café, y platicamos hasta entrada la noche. Me abrí con él lamentándome por mi vida, mi trabajo y mi esposa, hasta terminar llorando. Diantres, los tipos así me resultan insoportables y la verdad es que ya no me soportaba a mí mismo y me sentí aún más estúpido cuando Nimoy me contó a lo que se dedicaba.


Se graduó en medicina y se especializó en biología y genética y cuando me habló de su labor en el centro de investigación donde trabajaba quedé boquiabierto. Desarrollaba clones humanos de forma avanzada, igualándolos a la edad del original, sea cual fuere. Parte del proyecto consistía en integrar a la sociedad a dichos sujetos, dejando al clon al cuidado de los clonados, haciéndoles revisiones periódicas para constatar su evolución y salud, supervisando que los clones



llevaran un diario, revisado continuamente para valorar su condición anímica y psicológica. De acuerdo con mi amigo, los elegidos eran gente preparada y escogida a través de un minucioso proceso de selección, pero él tenía la opción de designar a un tipo ordinario para el experimento. Conmovido por mi sentir, me ofreció ser ese tipo. Todo esto era un intrínseco secreto.

La sugerencia era permitirle al clon asumir mis responsabilidades laborales y familiares, en tanto yo emprendía la causa que siempre quise enarbolar, aún indeterminada. Primero no me la creía, pensé que Nimoy estaba bromeando conmigo, pero él se mostró muy serio. Cuando el asunto penetró mi mente me pareció muy arriesgado, miles de cosas podrían salir mal. ¿Y qué haría? ¿Me quedaría con la duda hasta la otra vida? Era la idea más excitante de los últimos veinte años y acepté sin chistar.


Bastó una simple muestra de mi sangre y un amplio cuestionario sobre mi vida para iniciar el proceso. No se me permitió ver el procedimiento o saber al menos la ubicación del laboratorio, ni siquiera hablé con Nimoy durante un tiempo, por lo que hasta pensé que me había gastado una elaborada broma. Casi medio año más tarde, mi amigo me llamó convocándome a su oficina, la cual se encontraba en una zona suburbana. Cuando entré en el lugar Nimoy no se encontraba, pero sí había alguien más. Parado frente a mí, se hallaba un sujeto de mi estatura, color de piel y complexión, era panzón y de poco cabello y aunque vestía como un simplón no se veía mal. Maldición: era mi gemelo exacto sin lugar a dudas, tenía has-



ta las imperfecciones más reconocibles de mi piel. ¿Por qué entonces se veía mejor que yo y más radiante vestido así? Se lo atribuí a lo novedoso del atuendo. Contaba con los recuerdos de mi vida, pero él sabía y estaba consciente de ser un duplicado. Lo nombraban por un código de identificación a cambiar en cuanto le diera un nombre y, como tendría que asumir mis roles en lo futuro, le llamé despectivamente Tocayo. Al nombrarlo sonrió estúpidamente y me abrazó eufórico, lo aparté enfadado, puntualizando que yo no actué así. Él se apartó sin dejar de sonreír, diciéndome que estaba orgulloso de ser mi "hermano". Antes de abandonar el lugar junto a Nimoy, le remarqué que no éramos hermanos.

Permaneció oculto en el sótano de la casa por unos días, mientras lo ponía al tanto de sus funciones y aprendió muy rápido. En los meses de su gestación hice mis arreglos y en cuanto consideré al clon listo, tomé mis maletas y partí con destino a algún lugar desconocido. Era parte de la aventura ser espontáneo. Antes de irme, esa cosa me abrazó efusivo, llorando, y me deseó buena suerte llamándome Tocayo. Me sentí un poco incómodo y lo miré dudando un instante de mi proceder, luego me fui.

Esperaba empezar mi incursión en algún lugar exótico, por lo que decidí ir a Europa del Este, un lugar lleno de problemas en donde quizás haría una diferencia. Una vez ahí no supe qué hacer; quise unirme a los cuerpos de paz, pero cuando hubo un ataque terrorista cerca de donde me encontraba, hice mis maletas y terminé borracho en Montecarlo.

The background of the page is a vibrant red vertical band that runs down the center. On either side of this band, there are abstract, textured brushstrokes in various colors including green, yellow, blue, and brown, set against a light, off-white background. The overall effect is that of a layered, artistic composition.

Lo que siguió fue una larga francachela. Me emborraché, me drogué, estuve con mujeres de diversos tipos, diversas razas y en distintas situaciones, en una parranda de tres años, y al cabo de los mismos no hice diferencia en ningún lado. Sólo era otro ebrio desbocado con dinero.

En una mañana de lucidez y melancolía, desperté con un enorme malestar y vi la habitación del hotel donde me encontraba totalmente destrozada, con borrachos durmiendo la mona en las formas más variadas y con el piso pegajoso lleno de licor y vómito y otras cosas. Noté que no conocía a nadie y ellos tampoco me conocían a mí. ¿Por qué estaban ahí? O ¿por qué estaba yo ahí? No lo sabía y terminé llorando como un chiquillo; creo que aún estaba un poco tomado.

Al pensar en aquellos que me conocían y que me querían para bien o para mal, me dio tristeza entender que ni siquiera me extrañaban. ¿Cómo? Si ni siquiera supieron que me fui. No conocía bien a mi hijo porque lo dejé de tres años de edad. ¡Demonios! Creo que hasta olvidé su nombre. ¿Qué fue lo que hice?

En principio mi Tocayo me reportaba constantemente cómo iban las cosas, lo que en realidad no me interesaba mientras tuviera efectivo disponible, por lo que le pedí que sólo llamara si sucedía algo importante y posteriormente ignoré sus llamadas.

A pesar de mi conflicto, continué en mi parranda, decidí sepultar mis penas en alcohol y chicas, hasta esta tarde. En mi correo electrónico encontré una comunicación perdida en video de Nimoy. Hablaba desesperado sobre un problema

con los clones; según él, asimilaron lo peor de los clonados y se salieron de control matando personas. En el video mi amigo lucía golpeado y en el fondo su oficina se veía destrozada. Dijo algo más; entendí: "Todos menos uno", antes de que la comunicación se interrumpiera debido a que alguien lo tomó por los cabellos levantándolo cual muñeco, mientras él gritaba aterrado. Iba a llamar a la policía, pero eran demasiadas explicaciones fantásticas y no pensé que me creerían. Decidí ir a buscarlo cuando noté que el video tenía una semana de haber llegado a mi bandeja de entrada. Si Nimoy estaba vivo o muerto ya no importaba, ya nada importaba en realidad.

Estaba por salir de mi habitación y el espejo me atrapó y me vi más viejo aún, abotagado por los excesos del último año, y me sentí acabado. Comprendí lo egoísta de mi proceder, pues nunca le dediqué tiempo real a mi familia, quejándome siempre por lo que otros tenían en lugar de valorar lo mío. No necesitaba irme tan lejos, si quería hacer algo simplemente debí hacerlo y no esperar una solución tan extrema como clonarme. Lo que vi en mi reflejo fue una persona horrible, miserable; nunca pretendí cambiar al mundo, conscientemente arrojé mis sueños al retrete y le jalé hace mucho tiempo. Todo ese sentimiento de frustración fue el perpetuo pretexto para mi propia conmisericordia, para renegar de mi vida, para envidiar a otros, para pasar por encima de otros, si podía, y justificar mi mediocridad. Todo lo que quedaba al final era ese sujeto viejo y mezquino mirándome rencoroso desde el espejo. ¿Lo peor de mí? ¿Qué sería?





En ese instante entró una llamada a mi celular, de parte del Tocayo. Estaba de viaje de negocios y coincidiendo esa noche en Las Vegas conmigo, para comunicarme su promoción a vicepresidente de la empresa donde trabajaba. ¿Qué diablos? Quería verme para celebrar en el bar del hotel donde me hospedaba.

Pero claro que lo vería.

Los clones se volvieron locos, dijo Nimoy; entonces él estaba aquí para matarme. Nunca fui hombre de armas, ni siquiera sabía disparar, pero tenía una vieja automática de mi padre y siempre la cargaba por cualquier cosa; ese bastardo no me tomaría por sorpresa.

El *shock* al verlo fue brutal. Lucía al menos quince años más joven, era ligeramente más alto, sin panza y muy recio, no llevaba ropa de diseñador, iba sencillo y lo más ofensivo de su aspecto era que tenía el cabello largo y agarrado en una coleta. ¡Maldición, tenía cabello en abundancia! Mientras lo observaba, me sentaba a la mesilla por inercia; un camarero nos servía bebidas, en tanto mi Tocayo me contaba cómo había terminado mis estudios en año y medio, de las estrategias empleadas para ascender, de cuánto dinero estábamos ganando, de cuán feliz era ahora mi esposa conmigo y de cómo ella se metió a estudiar literatura, lo cual le cambió la vida, de cuánto me quería mi hijo, a quien siempre le hacía un espacio en medio de mi apretada agenda, y de lo hermoso que era el nuevo bebé, nacido apenas un año atrás.

—¿Tuvieron un hijo? —pregunté incrédulo.

—No, Tocayo, tuviste un hijo maravilloso y muy sano —mi consternación no le fue evidente

al parecer—. Y se llama como nosotros. —No supe cómo tomar eso; mi hijo de mi sangre y de mi carne, no era mi hijo en realidad y, aunque llevara mi nombre, era en honor del infeliz usurpador, no del mío.

Mientras, continuaba hablando de una forma amable y confortable, como nunca pude expresarme. Me di cuenta de que era un hombre excelente, totalmente opuesto a mí y yo era tan horrible que fui incapaz de aceptar esas diferencias, a pesar de que funcionaban en mi propio bienestar.

—¿Por qué? —pregunté incrédulo de forma retórica, aunque mi interlocutor no lo entendió así. Alegremente respondió con cierto orgullo en su voz, como si estuviera esperando el momento de contarme el secreto de su éxito. Mis manos ya temblaban y sudaba exageradamente, cada una de sus palabras se clavaban cual agujas en mis oídos. Ya no me era posible fingir, cómo odiaba a ese sujeto, cómo me odiaba.

—¿Qué te puedo decir? La tolerancia es mi estilo de vida y el aceptar las diferencias con respecto a los demás nos ha llevado lejos, Tocayo. El ignorar sentimientos horribles, como la envidia, la avaricia y la mezquindad, nos ha dado una mente clara que nos ha permitido enfocarnos en nuestras metas. A diferencia de las horrendas personas que envidian nuestra posición, nuestras posesiones materiales y hasta a nuestra adorable y deliciosa esposa, y que se encuentran estancadas en sus vidas, en medio de esos sentimientos inútiles.

Al tocar el tema de las horribles personas que me odiaban y envidiaban, me sentí abrumado, desplazado y aludido como uno de esos idiotas

mezquinos cuyas vidas estancadas no iban a ningún lado, y entonces exploté.

—¡Lo logramos, Tocayo! –Levantó su bebida brindando eufórico.– Oye, ¿te sientes bien? –me preguntó con auténtica preocupación.

Lo miré con rabia y levantándome furioso, arrojando la mesilla entre nosotros a un lado, saqué la pistola y le apunté.

—¿Qué sucede, Tocayo? –preguntó con sorpresa; no sabía lo que ocurría, por qué le apuntaba.

No era por miedo a que me matara, no era tampoco por el mensaje de Nimoy, aunque sus últimas palabras resonaban en mi cabeza (“Todos menos uno...”). Todos menos él.

—Si quieres volver no tienes más que pedirlo, Tocayo, es tu vida después de todo –repetía conciliador.

¡Malnacido! Su sola presencia materializaba todos mis errores, dejaba de manifiesto mi inútil existencia. Los clones sacaron la peor parte de los clonados, excepto el mío, quien se llevó lo mejor. ¿Cómo sería lo peor de mí? Como yo exactamente.

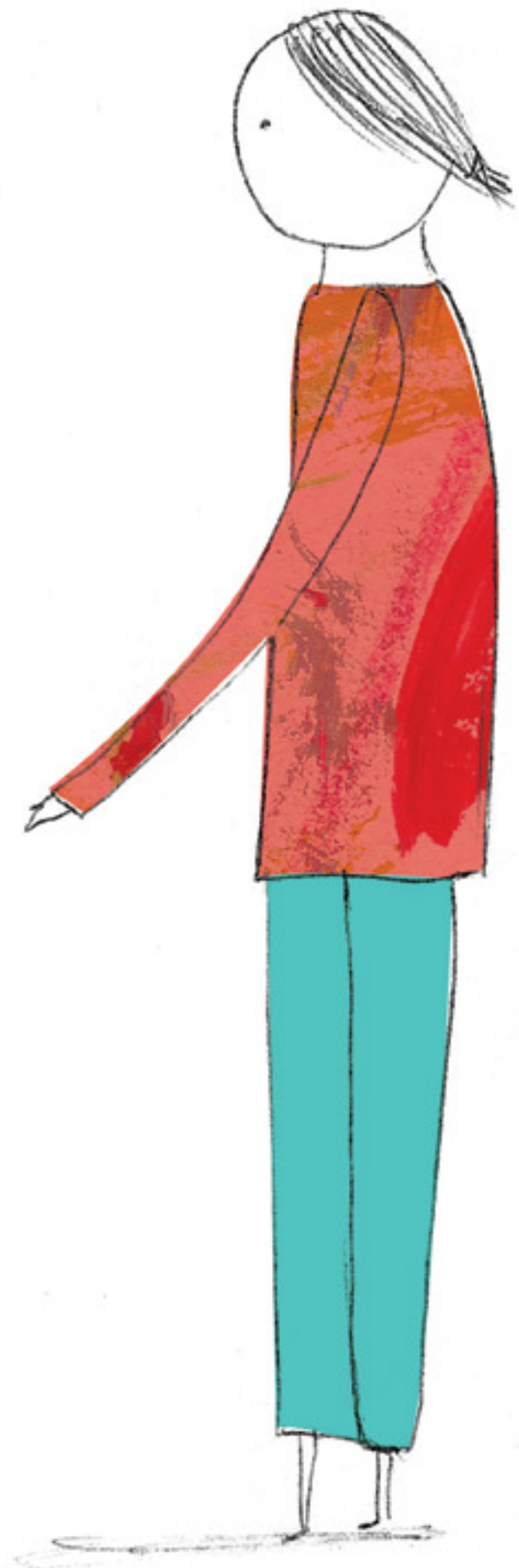
—¡No me llames Tocayo, hijo de...! –le grité levantando el arma, y disparé tres veces.

¡Carajo! No solamente se robó mi vida, también mi suerte. La vieja arma se encasquilló y literalmente me salió el tiro por la culata, muy poético. La escuadra explotó en mi mano destrozándola, la bala me atravesó el cuello y los pedazos de arma se incrustaron en mi rostro y pecho. Tendido en un charco de sangre, veo entre una neblina personal a mi Tocayo pidiendo ayuda desesperado mientras llora... Está bien, maldito, quédatelo todo, me largo... será mucho mejor... ya estoy hasta la... hasta la...



¿Por qué estoy con vida? ¿Por qué está todo tan blanco? ¿Estoy en un hospital? No puedo moverme, no puedo mover la cabeza, no puedo hablar. ¡OH, DIOS MÍO, NO PUEDO HABLAR! ¿Y ese niño grande en la esquina? ¿Es mi hijo? ¡Debe tener al menos nueve o diez años! ¡¿Y esa que trae de la mano a un niño pequeño y me mira con lástima es mi esposa?! ¿A quién le hace señas? ¿A quien está llamando? ¿A quién está besando? ¿Por qué mi hijo le llamó papá? ¡Esa persona viene a mí y me mira con gran ternura, acariciando mi cabeza, es...!

—Ya despertaste, el daño fue muy extenso en nervios, tendones y hueso y tu precaria salud y malos hábitos lo hicieron peor. Lo que tienes se llama cuadriplejía, jamás te volverás a mover, tal vez ni siquiera puedas volver a hablar. Pero no te preocupes, “hermano”, mi esposa, tus sobrinos y yo cuidaremos bien de ti por el resto de tu vida.





Frágil como la porcelana

Tercera categoría
Tercer lugar



Mayra Rebeca Guillermo Peña



Una tarde, Diana llegó de la escuela con una muñequita de trapo. Subió a su habitación; las paredes eran de color rosa claro, había muchas repisas con ositos de peluche. Colocó a su nueva muñeca en una repisa especial, donde sólo ponía a sus muñecas; la repisa estaba justo arriba de su cama.

—Diana, la comida está lista, cariño —gritó su madre desde la cocina. De ésta provenía un aroma exquisito.

—Ya voy, madre —gritó Diana.

La habitación estaba sola, la muñequita de trapo pensó que sería buena idea presentarse.

—Hola, yo soy Caro, la muñequita de trapo. ¿Ustedes cómo se llaman? —preguntó la muñequita, tímida y con una sonrisita.

—Yo soy Ana, la muñequita de porcelana —contestó una muñequita de vestido elegante color rojo. Su cabello era dorado, tan hermoso como el sol, sus ojos eran azules, un azul cristalino, era una auténtica princesa.

—Mucho gusto, Anita —dijo la muñequita de trapo.

—Yo me llamo Liana, soy una muñequita de porcelana —se presentó una muñequita. Tenía puesto un vestido estilo princesa de color morado con rosa—. Soy bonita y delicada, no como tú. Mírate, eres de trapo, el trapo es feo, tú eres fea —escupió estas palabras tan tranquila y miró a la muñequita de trapo con desprecio.

—Tienes razón, Liana, no podemos juntarnos con muñecas de tan baja calidad —estas palabras destrozaban a la muñequita de trapo.

—Yo seré de trapo, pero merezco respeto —las muñequitas de porcelana se rieron de ella.

—Regresa al basurero, fea —gritó la muñequita de vestido morado con rosa.

Ambas muñequitas de porcelana empujaron a Caro; la muñequita cayó, se golpeó en la cabecera de la cama. Entre la cabecera y la pared quedaba un hueco, la muñequita terminó en una caja que estaba debajo de la cama.

—¿Estas bien, muñequita? —se escuchó una voz desde las sombras.

—Sí, pero ¿quién eres tú? —preguntó Caro, temblando de miedo.

—No te asustes, soy Leonora. Era una muñequita de porcelana —contestó con un tono triste la muñequita. Caro salió de la caja y se acercó a Leonora. Era una muñequita muy hermosa, pero su carita estaba partida a la mitad, sólo tenía un ojito color chocolate, media nariz y media boquita; tenía puesto un vestido azul claro y zapatillas de cristal.

—¿Qué te pasó, Leonora? —preguntó la muñequita de trapo, preocupada.

—Las primitas de Diana son muy descuidadas. Cuando estaban jugando conmigo me tiraron, mi carita se partió en dos y me escondieron aquí bajo esta cama —explicó la muñequita y derramó una lágrima.

—Lo siento mucho, no debí preguntar —Caro se sintió mal por hacer que Leonora recordara algo tan triste.

—Mis amigas, Ana y Liana, te trataron mal, ¿verdad? —la muñequita de trapo afirmó con la cabeza, Leonora la abrazó fuerte. Un abrazo siempre puede curar un corazón lastimado.

—No entiendo, ¿por qué no me respetan? —dijo entre llantos la pequeña muñequita de trapo, Leonora acariciaba el estambre que tenía como pelo la muñequita de trapo.

—Eres como yo, todos somos iguales... Frágiles como la porcelana —susurró y limpió las lágrimas de Caro. Eran muy distintas en aspecto y forma de ser; a pesar de esto, ambas eran iguales a la porcelana.

El sonido de unos pasos llamó la atención de ambas muñecas, era Diana que regresaba de comer. Una manita se adentró debajo



de la cama, Caro sintió que algo la tomaba de su pierna; Diana empezó a sacar a su muñequita.

—No me sueltes, Leonora –susurró Caro. Ambas muñequitas se tomaron de las manos con fuerza.

Diana se sorprendió al ver dos muñequitas. Dejó a Caro en la repisa y salió de la habitación con Leonora en brazos. Uno, dos, tres días pasaron; Ana y Liana no le hablaban a Caro, pero eso no era lo que le preocupaba a la muñequita de trapo. Caro no sabía nada de Leonora, se preguntaba qué le habría pasado. ¿La habrán tirado a la basura, la habrán regalado? ¿Qué pasó con su amiga? Su preocupación aumentaba cada vez más. Pasaron otros dos días y Diana entró a su habitación con una muñequita en brazos, la colocó en la repisa y salió con una pelota para jugar con su mascota.

—Leonora, eres tú, me alegra que estés bien –gritó emocionada Caro y abrazó con fuerza a su amiga.

—También me alegro de verte, Caro. Mira, arreglaron mi carita –dijo feliz Leonora. Su carita ya estaba completa, ahora tenía dos ojitos color chocolate, una nariz y una boquita.

—Leonora, ¿en serio eres tú, amiga? –preguntó Ana, sorprendida y muy contenta.

—Sí soy yo, Diana me encontró y me arregló, todo fue gracias a Caro –dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

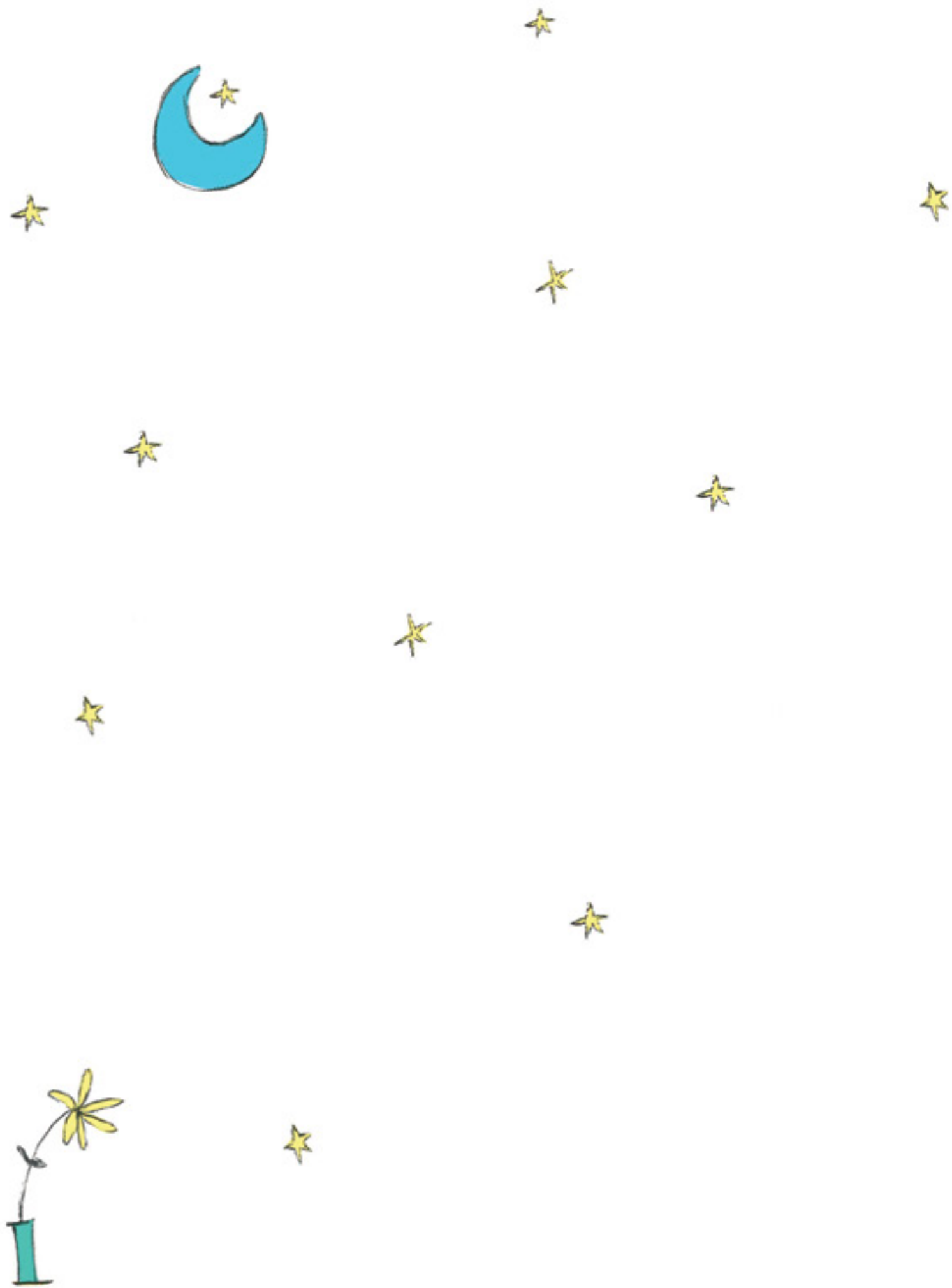
—Caro, lo siento mucho, lamento haberte dicho esas palabras tan ofensivas –se disculpó Ana y dio un codazo a Liana para que se disculpara de igual forma.

—Sí, yo... Yo también lo siento mucho, Caro, prometo respetar nuestras diferencias –dijo Liana con una mano en el pecho y otra al aire. Era una forma de demostrar que de verdad prometía respetar a los demás.

—Yo las perdono, y no olviden que todas y todos somos frágiles como la porcelana.

Desde ese día, las cuatro muñequitas son las mejores amigas, siempre toman el té juntas y hacen muy feliz a Diana.







Cuentos de jóvenes para jóvenes. Cuentos ganadores del Décimo Concurso Infantil y Juvenil de Cuento se terminó de imprimir el 31 de diciembre de 2016 en Talleres Gráficos de México, Avenida Canal del Norte 80, colonia Felipe Pescador, 06280, Ciudad de México. Martha Loya Sepúlveda coordinó la organización del Décimo Concurso Infantil y Juvenil de Cuento, en la que colaboró Pedro Piedras Hernández. El tiro consta de 1 000 ejemplares impresos en papel bond de 90 gramos y forros en cartulina cuché mate de 250 gramos. El cuidado de la edición estuvo a cargo de Susana Garaiz, analista correctora de estilo. Se utilizaron las fuentes tipográficas Courier, Digitalino y Frutiger.

Esta obra se difunde en formato pdf en la Biblioteca Electrónica del Instituto Electoral del Distrito Federal desde el 16 de marzo de 2017.

